

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

pena de muerte

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



VIC LOGAN

PENA DE MUERTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 482

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 19.797 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: julio, 1971

© VIC LOGAN, 1971
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.082. — Golpe maestro.

En Colección PUNTO ROJO:

478. — Como una alucinación.

En Colección ASES DEL OESTE:

633. — 200 dólares de plomo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

787. — Superstición City.

En Colección KANSAS:

672. — Madera podrida.

En Colección BRAVO OESTE:

542. — La montaña siniestra.

En Colección CALIFORNIA:

773. — Senderos de lucha.

En Colección COLORADO:

713. — Asesinato en el valle.

PRÓLOGO

Los Ángeles, marzo de 1989

Apenas el juez acababa de dictar la sentencia, una legión de periodistas acudió a la sala de teléfonos para remitir las crónicas del sensacional proceso.

Oigamos a uno cualquiera de ellos:

—Toma nota, Mac. «John Frasser culpable».

Otra voz trataba de hacerse oír a su respectivo periódico:

—Después de dos días de deliberar, el jurado ha encontrado culpable al abogado John Frasser.

Y otra:

—John Frasser condenado a la cámara de gas.

Y aquella misma tarde todos los periódicos de California, y aun los del resto de los Estados Unidos, ampliaban la noticia poniendo fin a los reportajes que habían mantenido en vilo a la opinión durante las cuatro semanas que duró el proceso.

He ahí algunos comentarios de la Prensa.

The Sund, en primera plana:

«*El abogado John Frasser*, conocido por su lucha por abolir la pena de muerte, será ejecutado en San Quintín el día 1.º de julio de este año, después de que un jurado compuesto por 7 hombres y 5 mujeres lo ha considerado culpable de asesinato en primer grado...»

The World, también en primera plana:

«... *John Frasser* ha sido condenado por el asesinato de su esposa. El fiscal probó que en la noche del 4 de abril del pasado año, John Frasser, fingiéndose ausente, regresó furtivamente con el exclusivo objeto de asesinar a su esposa...»

Otros rotativos utilizaron términos más duros con el reo:

«*John Frasser* pretendía la abolición de la pena de muerte para beneficiarse de ella».

O bien:

«*John Frasser* llegó a captarse las simpatías de la Nación con su lucha contra la pena capital, pero todo el mundo ignoraba que estaba trabajando en favor de sí mismo, porque llevaba tiempo preparando el asesinato de su propia esposa con la que había contraído matrimonio tan sólo cuatro meses antes».

Y por fin...

«El motivo del crimen quedó perfectamente probado. John Frasser pretendía disfrutar sólo de la cuantiosa herencia de la mujer con la que se casó, pensando de antemano en eliminarla».

John Frasser tenía 29 años.

Su ficha personal quedó completa con los siguientes términos:

- Nombre: John Patrick Frasser.
- Nacido en San Diego, estado de California el 7 de enero de 1940.
- Raza: blanca.
- No toma drogas.
- Estatura: 183.
- Pelo: Castaño claro.
- Ojos: Pardos.
- Ninguna cicatriz.
- Profesión: abogado, con título desde 1966.
- Nombres de los padres y ocupación: John Quintín Frasser, contratista de obras y Norah Frasser —Wilson de soltera. Ambos fallecidos.

Los Ángeles, junio de 1969

The Sund, publicó:

«A fin de que pueda tener lugar la solicitada revisión del proceso por el que fue condenado a la última pena el abogado John Frasser, se aplaza la ejecución de la sentencia que debía tener lugar el primero del próximo mes, y cuya nueva fecha, si ha lugar, será fijada oportunamente por el juez Rogers».

Los Ángeles, setiembre de 1969

El locutor del tercer canal de la Televisión del estado de California informó lo siguiente:

—Continúa la revisión del proceso en el caso de John Frasser. El colega del condenado, letrado Thomas Windrow, aporta interesantes datos que ponen al descubierto la carencia de pruebas concretas durante el proceso, lo que determinó una condena basándose en suposiciones...

Los Ángeles, noviembre de 1969

«*John Frasser*, en libertad».

CAPÍTULO PRIMERO

El alcaide tendió la mano a John Frasser.

—De veras que me alegro, señor Frasser. En fin... No tengo que decirle cuánto lamento este error. La justicia es humana. Usted, como abogado, lo sabe.

—Lo que prueba que si un error de esta clase no es rectificado a tiempo se comete algo más que una injusticia, porque se lleva a efecto el crimen legal —repuso sombríamente John Frasser.

No había rencor en su semblante, sólo la frialdad que ya era habitual en él, especialmente en los últimos tiempos.

—Lo que le ha sucedido —repuso el alcaide tras un breve silencio— puede servirle de mucho en su lucha por la abolición de la pena capital.

—Puede...

—Ahora podrá esgrimir nuevos argumentos, vividos por usted mismo, señor Frasser.

—Tal vez lo haga.

—¿Le ha pasado por la cabeza renunciar a su campaña?

—Mientras estuve ahí dentro, podía preocuparme muy poco por los demás. Pensaba en que iba a morir en la cámara de gas.

—¡Oh, sí! Claro —carraspeó el alcaide.

—Bien, señor Mosley..., a pesar de todo celebro haberle conocido. ¡Ah! Y he recibido un buen trato. Todo ha estado bien.

—Gracias, señor Frasser. Ánimo y siga adelante —repuso su interlocutor estrechándole la mano.

John Frasser no manifestó el menor entusiasmo. Se limitó a dejarse coger la mano y murmuró.

—Por el momento no pienso ocuparme de los demás. Tengo otros planes.

—¡Oh! Posiblemente... el asesino de su esposa. Usted es el más interesado en saber quién la mató. Lo comprendo. Claro que, al

demostrarse su inocencia, la policía abrirá otra vez el caso para iniciar una nueva investigación.

—Eso a mí me tiene sin cuidado —contestó el excondenado y ante el contenido asombro del alcaide añadió—: No me interesa quién mató a mi esposa. Éste es un asunto olvidado.

John Frasser se perdió entre la multitud de coches aparcados.

Había solicitado salir por una puerta secundaria para evitar la presencia de periodistas y reporteros ávidos de sensacionalismo. El alcaide comprendió lo justo de su petición y aceptó dejarle salir por otro lado.

John Frasser, con el cuello de la gabardina alzado y el ala del sombrero hacia adelante, caminó deprisa como si tuviera una idea bien concreta de donde iba.

Al pasar por delante de una hilera de coches fue mirándolos uno a uno. Se detuvo por fin ante uno color crema. Era un sedán cuatro puertas, matrícula de Kansas. En el parabrisas, junto a la aguja limpiadora, tenía dos boletos de multa, los sacó y después de arrugarlos los tiró al suelo. EL viento los arrastró un trecho y luego se perdieron junto con otros papeluchos y hojarasca del parque cercano.

El automóvil tenía las puertas abiertas y a John Frasser le fue fácil entrar.

No había la llave en el contacto, pero con la seguridad de quien sabe dónde están las cosas, el abogado abrió la guantera y sacó la cartera de «skay» con la documentación del vehículo. Era de alquiler.

En un sobrecito plastificado estaban las llaves.

Introdujo la correspondiente en la ranura del contacto y dio el encendido.

Poco después el automóvil se confundía con el tráfico ciudadano y más tarde, a través de la autopista, se dirigía a...

Bueno. El lugar de destino sólo él lo conocía.

Thomas Windrow era el abogado que le había defendido durante la revisión del proceso.

Tenía más o menos la misma edad y tenía fama de experto criminalista; buen ojo para salvar a sus clientes y olfato mejor que algunos policías para descubrir hechos delictivos.

Ahora, sin embargo, se hallaba ante un misterio que no acertaba a comprender.

Chasqueó la lengua un par de veces y levantó las manos dejándolas caer seguidamente en señal de impotencia.

—No lo comprendo —dijo simplemente.

Estaba en el despacho del alcaide y éste manifestó una vez más.

—No dijo dónde se dirigía. Me pidió utilizar una salida discreta y lo consideraré lógico.

—Habíamos quedado en que pasaría a recogerle. No acierto a explicarme por qué no me ha esperado. Y usted dice que ni siquiera le ha dicho dónde iba.

—Ni se lo he preguntado tampoco. Lo único que puedo decirle es que me pareció... extraño.

—¿Extraño? ¿En qué sentido?

—No sé. Le pregunté si seguiría luchando para conseguir la abolición de la pena de muerte y contestó de una forma rara... Daba la sensación de un hombre que hubiera perdido la fe en todo... Bueno, eso no fue lo que más me extrañó. Al fin y al cabo, siendo inocente como se ha demostrado, debió pasar unos días muy amargos pensando en que podía ser ejecutado... Sin embargo, lo que sí me pareció extraño de veras fue lo que dijo respecto al asesinato de su esposa.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Que para él era un asunto concluido... Verá, yo había leído algunos trabajos de John Frasser. Por su estilo y por lo que se decía de él, todo hacía suponer que era un hombre lleno de vitalidad, de fuerza, unos de esos individuos que no se desmoronan fácilmente... Hoy, sin embargo, me pareció que nada le importaba, ni siquiera que hubiesen asesinado a su esposa.

—Bien, intentaré llamar nuevamente a su casa. —Consultó el reloj y añadió—: A esa hora ya puede haber llegado.

Pero la llamada del abogado Thomas Windrow fue inútil, porque nadie atendió al teléfono.

¿Adónde se dirigía el excondenado?

El poblado de San Clemente, era una de esas aldeas surgidas por la necesidad del espacio vital y por deseo también de los que quieren huir de las grandes concentraciones urbanas.

En pleno campo, rodeada de pinares y relativamente cerca de la

costa, se habían erigido, perfectamente diseminadas y orientadas, un conjunto de viviendas rodeadas de parque.

Las más modestas ocupaban dos plantas para albergar a otras tantas familias, otras estaban destinadas a un solo hogar.

El lugar era sano, tranquilo y silencioso.

Las calles, curvadas en su mayoría, estaban perfectamente asfaltadas e iluminadas con suficiencia. Se respiraba aire puro, soledad.

El coche color crema conducido por el excondenado aminoró la marcha al llegar frente a la villa

B-4

— 42.

Era la calle cuatro del sector B, y la casa estaba marcada con el número 42 junto al buzón de la entrada simbólica al jardín con el césped bien cuidado.

Al fondo, tras las ventanas, se escapaba la luz del interior.

John Frasser condujo el automóvil por la parte lateral hasta llegar delante de la puerta del garaje que se abrió automáticamente cuando las ruedas delanteras del automóvil cruzaron por delante de los ojos electrónicos.

La plancha metálica se levantó hacia arriba para correrse hacia atrás y dejar al descubierto la entrada.

El interior era espacioso, con capacidad para más de un coche, como lo demostraba el hecho de que ya estaba ocupado por un «Ford» modelo pequeño que permanecía arrinconado, como si su propietario ya hubiera previsto de antemano la llegada de otro vehículo.

John Frasser condujo el coche hacia dentro, luego abrió la portezuela para salir. Antes, sin embargo, bajó la tapa de la guantera y buscó debajo de la cartera que contenía los documentos del coche. Había una gamuza para quitar el polvo, debajo de la gamuza, había un revólver del calibre 32. Lo tomó y se lo metió en el bolsillo trasero del pantalón.

Salió cerrando la puerta del auto y posteriormente, de un modo automático, cuando estuvo fuera y cruzó por el doble ojo electrónico se cerró la puerta del garaje.

Pisando el césped, John Frasser llegó hasta la entrada principal de la casa. La puerta se abrió antes de que él llegara al umbral.

Una mujer joven, que vestía un ceñido traje de falda corta, apareció en el vano.

—¡Por fin! —murmuró dando un suspiro.

—Hola, nena —repuso simplemente el excondenado.

Se abrazaron allí mismo, sin preocuparse en absoluto de que alguien pudiera verlos.

—No sabes cuánto he sufrido... Sobre todo en los últimos días... No veía acercarse el momento —jadeó ella sin dejar de abrazar al hombre.

—Este asunto está terminado, Lorraine. Completamente terminado. Ya no me molestarán más. Anda, vamos dentro.

CAPÍTULO II

Eran las diez de la noche cuando el abogado Thomas Windrow colgó el teléfono.

El teniente Falk, de la brigada de homicidios, lanzó:

—¿Nada?

El abogado se dejó caer en el sillón, tras la mesa de su despacho y negó con la cabeza.

—Como si la tierra se le hubiese tragado.

—No ha ido por la casa. Todo está intacto.

—Ni por la casa, ni en ninguno de los sitios que frecuentaba. En San Quintín pregunté en las paradas de taxis cercanas a la penitenciaría. Perdí una hora investigando. Nadie recordaba haber recogido un pasajero con las señas de John. Por otra parte su fotografía venía en casi todos los periódicos y la mayoría de los chóferes los tenían en sus manos. Lo hubieran recordado, John Frasser no es un rostro de los que se olvidan y menos ahora que se le ha hecho tanta publicidad.

—Bien... Si quieres que investigue de un modo oficial... De todos modos cabe en lo posible que, después de lo que ha pasado, se haya ido a emborrachar por ahí. Sé de más de uno que lo hubiera hecho.

—John Frasser no toma alcohol. Creí que lo sabías.

—No soy amigo suyo. Empecé a tratarle cuando le hicimos las primeras preguntas, pero desconozco la mayoría de sus costumbres... En fin, aunque no beba, tal vez haya hecho una excepción.

—Esperemos que sólo se trate de esto.

—¿Por qué estás intranquilo, Tom? ¿Crees que es de la clase de individuos capaces de cometer una tontería?

—¿A qué le llamas tú una tontería?

—No sé... meterse en un lío. Quizá le dé por tratar de averiguar,

el solito, quién mató de veras a su esposa.

—Eso tampoco lo hará.

—¿Por qué?

—Mira, Dan... —contemporizó el abogado—. Si te necesito oficialmente, ya te llamaré.

—Ya verás como aparece. Si no bebe y es de los que no se meten en líos, va verás como viene a darte las gracias cuando menos lo esperes... Bueno, yo en su lugar lo habría hecho ya. Después de todo le has salvado la vida.

—Yo no he hecho más que poner en claro algunos hechos que durante el juicio él no se molestó en aclarar. Créeme, Dan, no hay ningún mérito en lo que hice.

—Si era tan fácil... ¿Por qué no expuso él lo mismo que tú cuando se autodefendió durante el proceso?

—Eso es lo que no veo claro, Dan.

—¿Quieres decir que pudo hacerlo adrede?

—No lo sé.

—¡Oh, Tom! Sabía que le condenarían a la pena máxima si le encontraban culpable. Ningún hombre va por propia voluntad a la cámara de gas, créeme.

—John es un buen abogado. Mejor que yo. Sin embargo, yo asistí cuando le juzgaron, y para cualquiera que no le conociese bien, podía parecer que llevaba su autodefensa hasta el máximo de sus posibilidades, pero yo sé que no era así. Repito que lo parecía. ¿Comprendes? No podía quedar la menor duda de ello a nadie, pero a mí me quedó. Lo vi poco claro, precisamente porque le conozco mejor que nadie... Así que... sólo tuve que ahondar en ciertos detalles que bastaban para sembrar la duda.

—Lograste tu objetivo, en cualquier caso se ha mostrado poco agradecido —repuso el policía—. Y yo he de dejarte. Es tarde.

—Sí, Dan... ¡Ah! ¿Cuándo empiezas otra vez con el caso?

—¿El de la esposa de Frasser? El viejo echa sapos y culebras por la boca. Cuando se probó que Frasser no era el asesino recibió la llamada del fiscal y a continuación nos ha hecho un sermón. Cuando pasan esas cosas, los palos van de arriba abajo y cuando más bajo, más fuerte te caen. De todos modos esta vez no voy a ocuparme del asunto. Será Denton. Ya ha empezado.

—Tenme al corriente porque a mí sí me gustaría saber quién

asesinó a Lorraine.

—¿Lorraine? —preguntó el policía arqueando las cejas.

—Sí. Lorraine. La esposa de John Frasser, claro.

Lorraine, la muchacha del vestido ceñido que había abierto la puerta a John Frasser asomó por la puerta da la cocina.

John Frasser estaba tumbado en el sofá.

—Querido —murmuró ella—. ¿Quieres que vayamos a descansar?

—Sí, Lorraine. Intentaré dormir si puedo.

—Dejó un periódico atrasado sobre la mesita. Era el *Gazette* del 5 de abril de 1968, del día siguiente al de la muerte de su esposa Lorraine.

En primera plana venía una fotografía de la mujer.

Era una copia exacta de la muchacha, que sonreía dulcemente apoyada en el vano de la puerta de la cocina.

CAPÍTULO III

La peluca rubia platino, las lentillas de contacto y el maquillaje habían cambiado notablemente el semblante de Lorraine.

Su vestido extraordinariamente llamativo, la peca artificial junto a la boca y su sonrisa, más bien indolente, hacían que la joven aparentara un aspecto frívolo, propio de cualquier jovencita deseosa de probar fortuna en Hollywood.

Eran las ocho de la mañana del siguiente día de la puesta en libertad de John.

El vestía un pantalón gris y un jersey de cuello alto. Su aspecto era deportivo, atlético.

Se enfundó una chaqueta marrón a cuadros y se colocó unas gafas de sol.

Estaba examinando unos documentos cuando ella salió del baño.

—Estoy lista, querido. ¿Qué tal?

—Te pongas lo que te pongas, estás siempre bien, Lorraine.

—¿Crees que alguien podría reconocerme? —sonrió ella.

—Yo sí. Siempre. Tú no puedes cambiar.

—No puedo creer que todo haya terminado —murmuró ella lanzando un suspiro y acercándose al abogado.

—Ve a sacar el coche, yo me ocuparé del equipaje... ¿Has avisado al administrador?

—Le he escrito una nota diciéndole que puede disponer de la casa.

—Bien. En seguida voy. Estaba mirando esos documentos.

Tenía en las manos algunos carnets y un pasaporte.

—¿Parecen auténticos, eh? —sonrió ella.

En cada uno de aquellos documentos aparecía la fotografía de John Frasser, sólo que el nombre era distinto, en todos ellos figuraba el de John Marhs.

—El hombre que los hizo trabaja bien. Nunca creí que tendría

que utilizarlo para mí mismo.

—¿Te arrepientes, John?

—No. Yo nunca me arrepiento de lo que hago, Lorraine.

—Gracias, John... No hemos hecho nada malo.

John no replicó. Tomó los documentos y los guardó en el bolsillo para dirigirse a la habitación en busca de un par de maletas.

Lorraine, entretanto, estaba ya en el garaje poniendo en marcha el coche grande.

John cerró la puerta y se aproximó con el equipaje.

—¿Y el «Ford»? —preguntó.

—Anoche llamé a la compañía que me lo alquiló. Dije que pasaran a recogerlo. No te preocupes. Todo está arreglado.

El colocó las dos maletas en el portaequipajes. Cerró con la llave y pasó al volante del auto mirando alrededor.

Ahora, con la luz del día, podían verse las edificaciones medio escondidas por la vegetación. Las calles estaban solitarias y se respiraba el mismo ambiente pacífico.

—Es bonito todo esto.

—Sí, mucho.

—Lástima que no podamos quedarnos.

—En Kansas también estaremos bien.

—¿No sospecharán nada?

—Tengo un contrato de venta firmado por mí misma. Es decir por Lorraine Williams, mi nombre de soltera. La fecha es de 1968, anterior a... mi muerte. Sólo falta que tú firmes. La propiedad está a tu nombre. Aquí tengo las llaves.

Había abierto el bolso y sacó un manojo de llaves con una etiqueta donde podía leerse unas señas correspondientes a Topeka.

El las tomó, e inmediatamente puso en marcha el coche.

—¿Has estado alguna vez en esta casa?

—No, nunca. Mi padre la compró antes de que yo naciera. Mi abuelo era de Kansas y papá..., no sé si por sentimentalismo, dijo que le gustaría tener una propiedad allí para ir si alguna vez se le antojara... Bueno, ya te dije que papá tenía propiedades en muchos sitios.

El auto salió ya de la urbanización para enfilarse en la carretera principal.

Tras un silencio, John murmuró:

—Nos detendremos más adelante para llamar a Tom Windrow.

—Creí que lo habías hecho ayer —repuso ella.

—No... Aquello estaba lleno de periodistas y no quería entretenerme.

—Pero habría sido mejor...

—Sí, lo sé... Pero deseaba llegar cuanto antes. Todo aquello me estaba cargando, no podía soportarlo. Lo siento. Además, deseaba verte.

—Yo también, cariño.

—Le llamaré desde un parador. Diré que venga.

—Pero...

—No te preocupes. Tú no tienes que estar presente. Yo sé cómo debo hacerlo.

—Está bien. Como quieras.

El viaje continuó en silencio.

A mediodía, Tom Windrow detuvo su flamante «Pontiac» en el *parquink* del establecimiento.

No reparó en absoluto en el sedán de alquiler con matrícula de Kansas que permanecía en el mismo aparcamiento.

Entró rápidamente al establecimiento y en una de las mesas reservadas del bar, advirtió a John Frasser.

—Me has tenido toda la noche sin pegar un ojo. ¿Dónde diablos te habías metido? Quedamos en que te recogería en la penitenciaría. Me retrasé un poco. Ya sabes cómo son los muchachos de la Prensa... Pero... ¿qué hiciste desde ayer?

—¿Has terminado ya de disparar tus preguntas, Tom? —sonrió John Frasser.

—Perdona. Pero es que...

—Lo sé, lo sé... Mi actitud puede parecerte descortés —cortó John.

—¡Oh, John! Entre amigos...

—Precisamente. Creí que por estar entre amigos no tendría que explicar nada.

—Bueno. Lo siento...

—No. La culpa es mía. Pero tenía ganas de encontrarme solo y sigo teniéndolas.

—Es natural. Pero me temo que no podrás eludir a la Prensa por

mucho tiempo. Ahora se ha abierto una nueva investigación, la lleva el teniente Denton, y esta mañana ya me ha llamado para saber dónde podía encontrarte. Naturalmente querrá hacerte preguntas.

—A mí no me las hará, te lo aseguro. ¿Estoy libre, no? Pues ¡se terminó! No contesto más preguntas.

—John, amigo. Comprendo que después de tanto tiempo es fastidioso, pero quieren saber quién mató a Lorraine.

—Que lo averigüen. Yo ya dije todo lo que tenía que decir entonces.

—No podrás evitarlo. Tienen prisa.

—¿Soy libre o no?

—Claro que eres libre. Y no pueden ya volverte a acusar de ese crimen.

—Entonces que me dejen en paz. Y tú también, Tom. Me voy, lejos.

—Pero...

—No quiero saber nada de nada, he dicho que me voy.

—Pero ¿dónde?

—Eso no lo sabrás ni tú mismo. No quiero que te tiren de la lengua. Me instalaré en cualquier sitio. Tengo algunos ahorros. He firmado varios cheques para retirarlos del Banco.

—Pero... las cosas de Lorraine, su dinero.

—Eso no debe preocuparte, Tom, y siento no poder ser más explícito. Quiero olvidar este asunto y el mejor modo es empezar de nuevo. En algún lugar donde nadie haya oído hablar de mí. ¿Está claro?

Se produjo una pausa. Tom hizo tabalear sus dedos sobre la mesa y al fin murmuró:

—No confías mucho en los amigos.

—Gracias por lo que hiciste, Tom. Estoy en deuda contigo. No lo olvidaré.

—Bien... Si es tú última palabra...

—Lo es.

—¿Qué le digo al teniente?

—Que no me has visto. ¿O es que has hablado ya con él?

—No, no... Pero sé que volverá a preguntármelo.

—Pues eso. Que no me has visto.

—John... Aun a riesgo de ser pesado... Todo el mundo comprendería que deseas descansar, pero eso es huir.

—No huyo.

—Lo parece.

—También les pareció a unos cuantos que había matado a Lorraine.

—Sí, claro, claro —murmuró, desconcertado, Tom, poniéndose en pie.

—Adiós, Tom —John le ofreció la mano.

—A la policía le extrañará bastante que no quieras colaborar.

—¡Ya colaboré, Tom! ¿Recuerdas?

Mirándole fijamente, Tom Windrow contestó con una pregunta.

—John... ¿De veras dijiste... todo lo que sabías?

—Tiene gracia. ¿Es que ahora dudas de mi inocencia?

—No, John. Simplemente te he preguntado si lo dijiste «todo».

CAPÍTULO IV

Lorraine se apeó del autobús en Pasadena y sólo tuvo que andar una docena de metros para meterse en el auto que la estaba aguardando.

—¿Todo bien? —preguntó él.

Por toda respuesta ella abrió el bolso.

—Aquí está el dinero.

—¿Te han hecho preguntas?

—No, ninguna. Dije que tú habías llamado antes.

—Sí, lo hice.

—Bien, son algo más de seis mil dólares.

—Es todo lo que tengo.

—¿Lo quieres?

—No, guárdalo tú.

John había puesto en marcha el automóvil color crema y durante los primeros kilómetros la pareja permaneció en silencio.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—¿Eh?

—¿Has hablado con Tom?

—Sí.

—¿Se ha... arreglado todo?

—Le extraña que no quiera comunicarle donde voy. Se siente dolido por mi falta de confianza.

—Es lógico.

Lorraine no contestó.

—No podía decírselo, ¿verdad?

El automóvil enfiló por la autopista. El recorrido hasta Kansas era largo, muy largo.

—¿Señor y señora Marhs? —preguntó el encargado del motel de carretera.

John asintió.

—Sí, sólo pasaremos la noche. Vamos de viaje.

—¿Quieren que les preparen algo para cenar?

—Sí, cualquier cosa... ¿O tienen algo especial?

—Me hasta con un bocadillo —se apresuró a intervenir Lorraine.

—Entonces dos bocadillos y vino.

—¿Vino?

—Sí. Eso he dicho. Súbanlo a la habitación.

—¿Sólo llevan esa maleta? —preguntó el del hotel con mirada inquisitiva.

—Tenemos otra en el coche, pero por unas horas no vale la pena trasladarla.

—Claro. Vengan por aquí, les acompañaré. Deme la maleta.

Precedidos del hombre, los dos subieron hasta la habitación del motel.

Era confortable y bien equipada. Muebles funcionales, luces y un buen baño.

—Está bien, gracias. Suba los bocadillos cuando los tenga preparados —ordenó John dando una propina al hombre, que guardó inmediatamente en el bolsillo.

Al cerrar la puerta ella señaló un rincón.

—Hay televisión. ¿Quieres que la ponga?

—Me da igual.

—¿Crees que dirán algo?

—¿De mí? Todavía no. Puede que al cabo de unos días me busquen... Pero ahora ya no pueden acusarme de nada. Tienen mi declaración primera. Ya no podrán añadir otra cosa. ¿No es así?

Ella guardó otra vez silencio.

Llevaban ya un par de días de viaje cuando dejaron atrás el estado de Nevada para entrar en el de Utah.

Apenas un kilómetro, adentrados por la nueva carretera, ella exclamó:

—Mira. Allí delante.

Al salir de una curva, a unos trescientos metros, había un control de carretera. Dos coches de la patrulla de caminos estaban detenidos a ambos lados de la ruta y pedían la documentación de los coches.

—Tranquila —murmuró él aminorando la marcha.

—Podríamos dar la vuelta.

—Sonríe.

—Tengo miedo.

—No somos fugitivos. ¿Eh?

—Sí.

—Claro que no. Además... ¿Qué es lo que tomes?

Ella guardó silencio.

Más adelante, los agentes examinaban al penúltimo vehículo de la fila. Quedaban otros más, y ellos todavía tenían que recorrer unos ciento cincuenta metros.

—Cuando fuiste al Banco estabas muy segura.

—Sí, sé que no pueden reconocirme.

—Claro que no. Además, estamos en Utah.

Ella hizo un esfuerzo y sonrió intentando tranquilizarse.

El último coche que había pasado por el control se alejaba ya. El de John frenó al llegar junto a los agentes y abrió el cristal de la ventanilla.

—¿Ocurre algo, agente?

—¿Dónde se dirige? —preguntó el gigantesco policía.

—A Topeka.

—Un largo viaje. ¿Eh?

—Sí. ¿Qué pasa?

—¿Tiene su permiso de conducir?

—Claro.

John buscó sus nuevos documentos. Ahora ya estaban firmados por él.

El policía tomó el carnet de conducir y leyó el nuevo nombre oficial de John Frasser: John Marhs.

—¿Es suyo el coche?

—No. Es alquilado. ¿Quiere ver los documentos? Lo alquiló mi esposa hace tiempo.

—¿Puedo ver el portaequipajes?

—Desde luego.

John sacó la llave y la entregó al policía que a su vez la pasó a un agente que se apresuró a abrir la maleta.

Alzó la tapa y observó las dos maletas, levantó una manta de viaje y volvió a cerrar. Devolvió la llave a John murmurando para su superior:

—Todo en orden.

—¿Me dirá por fin lo que ocurre? —inquirió John.

—Le diré que no recojan a nadie por la carretera. Sobre todo si es un hombre joven. Más o menos de su edad y su estatura. No dispongo de ninguna foto para mostrárselo, pero más o menos, insisto, es como usted, parece que tiene una pequeña cicatriz en la mejilla izquierda. Viste ropas oscuras bastante usadas. Va sin ninguna clase de equipaje. Si se tropieza con él, avise a la primera patrulla o llame desde el primer teléfono.

—¿Quién es, agente? —preguntó Lorraine.

—Un asesino peligroso. Parece que no está muy bien de la cabeza. Anoche entró en una casa para robar, le sorprendieron y mató a la mujer del granjero y a un hijo de catorce años. El padre es el único que vive, al menos vivía hace tinas horas. Está muy malherido. El vio de cerca al fulano. Tengan cuidado.

—Lo tendremos, agente. Gracias —repuso John.

Inmediatamente puso el coche en marcha para proseguir su camino.

—¿Lo ves? —comentó él—. Todo va bien.

—¡Dios mío!

—¿Qué te ocurre?

—Tengo que sacarme esas lentillas. Para en algún sitio.

—¿Qué te ocurre?

—Tengo los ojos irritados. Me escuecen.

John comprobó que las lágrimas pugnaban por salir de los hermosos ojos de Lorraine.

CAPÍTULO V

Aquella noche, mientras se detenían para descansar en un pequeño hotel de una aldea al sur de Utah, el abogado Thomas Windrow recibía la visita de Lemans, el ayudante del fiscal.

—Escuche... Ya le he dicho que yo no sé nada, ni creo, por otra parte, que mi amigo Frasser quisiera añadir ni una sola palabra a sus declaraciones primitivas.

El ayudante del fiscal encendió un cigarrillo y tomó asiento a una indicación del abogado.

—Si la policía necesita a John Frasser, no es para acusarle. Ahora ya sería inútil y usted lo sabe. En cuanto a las declaraciones han sido revisadas y reconsideradas. No son muy extensas.

—En su día bastaron para llevar a Frasser al banquillo.

—Precisamente por algunas lagunas y contradicciones. Ahora el señor Frasser podría aclarar algunos detalles.

—Esto no es de mi incumbencia. Yo me limité a defenderle y probar su no participación en el crimen.

—Desde luego, Windrow, desde luego, y es admirable que, gracias a su constancia, hayamos evitado un error judicial. No obstante, parece algo extraño que Frasser no sienta el menor interés en conocer al asesino de su esposa. El matrimonio vivía bien. Eran felices.

Windrow guardó silencio seguramente porque sus puntos de vista coincidían con los del fiscal, o en este caso su ayudante.

—De cualquier modo, yo entiendo que Frasser quiera alejarse por una temporada de todo esto, sin embargo, lo que más me choca es que ni siquiera le haya visto a usted. Es lo que dijo al teniente Denton, ¿verdad?

—Sí.

—Ni siquiera le ha dado las gracias.

—Ya me las dio.

—¿Le dijo que pensaba sacar todo su dinero del Banco?

—Tal vez, no recuerdo.

—La policía ha averiguado que una persona presentó varios cheques para cancelar su cuenta. Ha costado bastante conseguir esa información. Ya sabe que los Bancos...

—¿Dónde quiere ir a parar?

—Solamente en lo extraño del asunto. Frasser es puesto en libertad y se va sin esperarle. Nadie sabe qué dirección ha tomado y la única prueba de que ha dado señales de vida son esos cheques que supongo deben ser auténticos.

—¿Por qué no tenían que serlo?

—No sé... Pero es extraño. Desaparece, retira su dinero y ni siquiera vuelve a su casa.

—No era suya. Era de su mujer.

—Pero podía haber ido a recoger sus cosas al menos, o hablar con el abogado encargado de los asuntos de la señora Frasser. Desaparecida la acusación, todo le pertenece. Ella le dejó heredero universal de todos sus bienes. Tienen propiedades, y la señora Frasser poseía participación en varios negocios. No ha reclamado nada.

—Tampoco lo hizo antes... ¿Me comprende, Lemans? «Antes». Cuando nadie le acusaba podía haberse hecho cargo de todo ese dinero y, sin embargo, no lo hizo. Puede que no le interese vivir del dinero de su mujer.

—En tal caso, podría disponer de él para... entregarlo a alguna institución.

—Puede que lo haga. ¡Quién sabe!

—Windrow, no sé si me oculta algo. Espero que no.

—Escuche, Lemans, mi amigo es un hombre libre. Y no se ha dictado ninguna orden para que preste testimonio. Sus declaraciones están en vigor... Que la policía atrape al verdadero criminal y entonces, si es necesaria su presencia, búsqúenle, pero ahora, mientras tanto, déjenle en paz.

Lemans se puso en pie aplastando el cigarrillo contra el fondo de un cenicero.

—Hay algo que no está claro en todo esto. Nunca lo ha estado... De acuerdo con la inocencia de Frasser, pero esa pasividad suya... Y ahora esta marcha, abandonándolo todo... ¡Me gustaría saber qué

hay de por medio! Compréndalo, Windrow. Usted es inteligente.

¿No le parece que su amigo ha obrado muy cautelosamente..., como si temiera algo?

—Tal vez. Eso no lo sé.

—Pues quizá sería mejor que lo averiguara.

—¿Cree que pueda ser víctima de... alguna amenaza?

—Si lo supiera...

—Sí, claro: Si supiéramos las cosas de antemano hasta los interrogatorios sobrarían —sonrió Windrow.

Luego despidió al ayudante del fiscal y al cerrar la puerta de su despacho se quedó pensativo.

Tenía sobre la mesa expedientes, asuntos que llevaba entre manos y en el extremo, todavía como una cosa latente, su portafolios de piel con un nombre en la portada:

JOHN FRASSER

Tomó aquel expediente y comenzó a leerlo desde la primera página.

Allí se describían los hechos desde que fue encontrada muerta la señora Lorraine Frasser, un cuatro de abril de 1968.

En apariencia todo parecía un caso sencillo, pero había algo en el fondo que lo hacía emocionante.

Con la sola luz graduable de la mesa, el abogado Tom Windrow releyó una vez más aquellas páginas.

Empezaban así:

«En la noche del 4 de abril, alrededor de las once, cuando la doncella particular de Lorraine Frasser regresaba, después de haber pasado la tarde libre, encontró la puerta de servicio abierta y luz en la casa. Pensó, según sus declaraciones, que se adjuntan, que la señora Frasser estaba dentro y que había utilizado aquella salida, que normalmente, cuando no había servicio en la casa, se cerraba por indicación de la señora Frasser...»

CAPÍTULO VI

El abogado Thomas Windrow continuó leyendo el largo expediente y al hacerlo le pareció estar viviendo aquellos sucesos.

Con los ojos de la imaginación «vio» a la doncella Edna Grant, una joven de veintiséis años que había probado inútilmente fortuna en varios estudios cinematográficos de Hollywood, entrar en la casa por la puerta de servicio.

Windrow, que había estado en la casa en varias ocasiones, conocía su distribución y por ello, siempre con la imaginación, pudo «ver» el pequeño *hall* de la puerta de servicio, que por un lado comunicaba con la cocina y por el otro con las dependencias propias del mismo servicio. Enfrente estaba la puerta que comunicaba con el salón principal, después del *hall* en forma circular.

Y allí, en medio del salón, estaba «la señora».

Llevaba puesto un abrigo encima del camisón.

El abrigo estaba abierto y podía verse la prenda íntima ensangrentada.

La sangre, ahora seca ya, manaba de la herida que había recibido en la frente, hundiéndosela en parte. Todo el rostro era como una máscara deforme...

La doncella —Edna Grant— apenas si pudo gritar, porque la voz se le paralizó.

Huyó de la casa como si la persiguiera un aparecido. Luego... llamó desde un teléfono público —llevaba el bolso en la mano y sacó de él las monedas necesarias— a la policía.

La casa estaba situada en Beberly Hills, a la sombra de los antiguos solares que antes ocuparan las mansiones de afamadas estrellas.

Era una villa moderna, con piscina, menos nostálgica que las antañonas residencias de los monstruos sagrados del séptimo arte.

Era funcional, alegre y sobre todo lujosa. Lorraine, desde la muerte de su padre, poseía una gran fortuna, y aquella casa con todas las comodidades y adelantos era una demostración de ello.

Luego se llenó de policías, de fotógrafos, de toda la barahúnda que interviene en los casos de asesinato.

El teniente Falk actuaba como jefe de la investigación preliminar, para —más tarde— seguir llevando todo el caso, siempre, desde luego, bajo la supervisión del capitán Stevenson «el viejo», como solían llamarle, jefe de la brigada del distrito.

La inspección ocular reveló que la víctima —la señora Lorraine Frasser—, al parecer, pretendía huir cuando alguien le asestó un fuerte golpe en la cabeza, que la hizo caer mortalmente herida.

El hecho de que llevara ropas de cama y se cubriera con un abrigo, abundaba en la idea de que el asesino la sorprendió cuando iba a acostarse y ella, presintiendo el peligro, trató de huir sin conseguirlo.

No se encontró el arma homicida, pero en la inspección se encontraron numerosos bastones con ricas y pesadas empuñaduras y se supo más tarde que pertenecían —o habían pertenecido— al padre de la señora Frasser, y que ella guardaba como recuerdo. Algunas de las empuñaduras eran de oro.

Más tarde, en la autopsia, se reveló que el golpe que había causado la muerte a la señora Frasser había sido efectuado con uno de aquellos bastones, aunque el preciso no fuese encontrado.

La primera interrogada fue, naturalmente, Edna Grant, la doncella que, más sosegada, contestó allí mismo a las preguntas del teniente Falk.

- «—No... El señor Frasser salió esta mañana para San Francisco. No tenía que regresar hasta el próximo fin de semana».
- El cuatro de abril de 1968 era jueves.
- »—Entonces el señor Frasser estará aquí mañana.
- »—No, no... Creo que el sábado —se apresuró a aclarar la doncella Edna Grant.
- »—¿A qué hora salió usted de la casa? —siguió Falk con el interrogatorio.
- »—Antes de mediodía. Todos los jueves la señora Frasser me dejaba libre, normalmente suelo llegar sobre las once de la

noche... Igual que hoy, creo... —explicó ella con un inevitable tartamudeo.

- »—¿Estaba nerviosa la señora Frasser? ¿La vio usted inquieta por algo? ¿Notó algo anormal en ella?
- »—No... No. Bueno... En realidad llevaba nerviosa algunos días, sí... Ahora que usted lo dice, pero... creí que se trataba de cuestiones familiares...
- »—¿Cuestiones familiares? ¿Acaso no se lleva bien con su marido?
- »—Oh, pues... Creo que sí. Bueno..., en realidad, casi nunca hablan cuando yo estoy delante..., quiero decir que no hablan de sus cosas... El señor Frasser casi nunca está en casa.
- »—¿Lleva usted tiempo con la señora Frasser?
- »—Cuatro meses... Me contrató antes de casarse con el señor Frasser.
- »—¿Llevan sólo cuatro meses de casados, no? Quiero decir... llevaban.
- »—Sí, señor.
- »—Bien, Edna... ¿Tiene usted algún sitio dónde ir? Dadas las circunstancias no puede quedarse aquí.
- »—Antes vivía con una amiga. La misma con la que he estado hoy.
- »—Anote sus señas y no se aleje de la ciudad sin consultarme. Voy a necesitarla para una nueva declaración...»

Éstos habían sido los preliminares, luego se intentó localizar a John Frasser, lo que resultó imposible porque nadie conocía el hotel de San Francisco donde se hospedaba y no se insistió sobre el particular porque al día siguiente, antes de las doce, John Frasser se había enterado de la noticia por los periódicos y regresó.

En su lectura de los hechos, Tom Windrow imaginó la escena del interrogatorio entre el teniente Falk: y el señor Frasser.

John declaró:

- «—Salí ayer por la mañana para presidir una reunión, de acuerdo con mi cargo de asesor legal de la Metropolitan Incorporation. Soy uno de los abogados de la empresa. Los asuntos debían retenerme en San Francisco hasta el sábado. Pensaba estar de vuelta mañana a mediodía o por la tarde

como máximo.

- »—¿Tuvo contacto con su esposa desde su marcha ayer por la mañana?
- »—No. Desde luego.
- »—¿No la llamó usted por teléfono?—. No. No lo hice.
- »—¿Estaban ustedes disgustados?
- »—¿Qué quiere decir?
- »—Perdone que mis preguntas tengan un cariz privado... No está obligado a contestar. Usted es abogado y conoce perfectamente sus derechos. Sólo trato de completar al máximo mi informe...
- »—Oiga, teniente... No me gusta su forma de llevar este interrogatorio.
- »—Señor Frasser, le aseguro que a veces mi trabajo no tiene nada de agradable. Sobre todo en casos como éste.
- »—¿Cree que lo es para mí, escuchar preguntas insinuanes? Acabemos. Yo no maté a mi esposa.
- »—Yo no he dicho eso.
- »—Se lo participo ya desde este instante. Estaba en San Francisco. Esto es todo».

Las preguntas de Falk derivaron entonces sobre los posibles enemigos de la señora Frasser. La respuesta de John fue siempre más o menos la misma: No existían enemigos, sólo cabía suponer que el asesino fuera un ladrón ocasional.

El expediente seguía con las conclusiones previas a que había llegado el teniente.

- Primero. La puerta principal de la casa estaba cerrada y en cambio abierta la de servicio. Ello probaba: *a)* que el asesino pudo haber entrado por la puerta principal llamando y siendo abierto por la señora Frasser, en cuyo caso podría tratarse de un amigo de la difunta, pero de ser así, la señora Frasser, para abrirle, se hubiese enfundado una de sus numerosas y bonitas batas o saltos de cama, mucho más lógico que un abrigo de «Marta»; *b)* descartada la posibilidad de que la señora. Frasser abriera la puerta con abrigo o simplemente con un camión, cabía la posibilidad que el asesino tuviera una llave de la casa, pero en tal caso... ¿Por qué huir por la puerta de

servicio y dejarla abierta?

- Segundo. Se admitía la posibilidad de que el asesino —un presunto ladrón— entrara por una de las ventanas (se comprobó que no resultaba difícil abrirlas) y la señora Frasser, al oír ruido, saliera de la habitación, o que el ladrón la sorprendiera y ella tratara de abrir cogiendo antes un abrigo (que solía dejar sobre un sillón del dormitorio, según la doncella Edna Grant). Siendo así, el ladrón pudo perseguirla y golpearla, huyendo seguidamente por la puerta más próxima, o la primera que encontró, con las prisas. Ello explicaría que la puerta de servicio estuviera abierta al llegar la doncella.

El hecho de que no apareciesen huellas en las ventanas podía explicarse por qué el ladrón y asesino llevara guantes, ya que tampoco se encontraron huellas extrañas a las de los habituales de la casa en ningún otro lugar.

La policía detuvo a algunos sospechosos, habituales del robo en casas aisladas, interrogó a confidentes y realizó la labor rutinaria en tales casos sin obtener el menor resultado.

Entretanto, el forense había establecido la muerte de la señora Frasser alrededor de las siete de la tarde, con una oscilación de treinta minutos. En el informe podía leerse:

«Entre 18,45 y 19,15».

La causa de la muerte no dejaba lugar a dudas: el tremendo golpe recibido en la cabeza, exactamente en la frente, sobre el ojo derecho.

El deber de la policía es no dejar ningún cabo suelto y profundizar al máximo, por ello y, una vez sabido que John Frasser era el heredero universal de los bienes de su esposa, se comprobó su coartada.

Se hicieron las gestiones pertinentes en el hotel Bonanza de San Francisco, lugar donde John Frasser se hospedaba y se interrogaron a las personas que componían la reunión en la que él tomaba parte como uno de los asesores jurídicos de la empresa.

El resultado fue el siguiente:

La reunión concluyó a las 4,35 de la tarde y John fue

directamente al hotel.

El presidente de la compañía había invitado a los miembros a una cena en Delmonicos. La cena era a las 7.

John Frasser llamó a las 5 de la tarde excusándose de asistir a aquella cena por encontrarse algo indispuesto.

Un botones del hotel Bonanza aseguró haber visto salir a John por la puerta de servicio del hotel a las cinco y cinco minutos. La telefonista declaró que le había pasado dos llamadas telefónicas del presidente de la Sociedad y que no fueron contestadas y, por último, una azafata de la Interamerican Air Enterprise, reconoció a John Frasser como uno de los pasajeros del vuelo regular con salida de Los Ángeles con destino a San Francisco a las 9,50 minutos. Todo lo cual probaba, al menos, que John Frasser regresó a Los Ángeles a una hora no determinada y que estuvo en esa ciudad hasta la hora en que tomó el avión para volver a San Francisco y encerrarse de nuevo en su habitación.

Sometido a interrogatorio, John Frasser contestó con meaos seguridad que la primera vez:

- «—Sí. Recuerdo que salí del hotel. Estaba algo indispuesto y necesitaba tomar el aire.
- »—¿Dónde estuvo en San Francisco durante el tiempo que permaneció fuera del hotel?
- »—No sé. Paseando. Sin rumbo, tanto me daba.
- »—¿No regresó a Los Ángeles?
- »—No.
- »—Cuando fue preguntado anteriormente, insistió en que no se había movido del hotel.
- »—No me acordaba muy bien.
- »—Una azafata le ha reconocido. Usted tomó el avión de las 9,50 de Los Ángeles a San Francisco».

Silencio.

- »—¿Va a negarlo?
- »—No. No voy a negarlo.
- »—Entonces reconoce que antes mintió...
- »—Yo no maté a mi mujer.
- »—Todavía no le hemos acusado de asesinato, señor Frasser.

- »—Pero lo harán.
- »—¿Por qué regresó a Los Ángeles?
- »—Es un asunto privado.
- »—¿Niega que estuviera usted en su casa?
- »—Desde luego que lo niego.
- »—¿A qué hora salió usted de San Francisco para dirigirse a Los Ángeles?
- »—No recuerdo.
- »—Le haré memoria. Tengo una guía de vuelos regulares. Hay, por ejemplo, un avión que sale a las... Bueno, no importa, entre las cinco cuarenta y cinco y las seis de la tarde puede usted elegir los vuelos. De su hotel al aeropuerto puede llegarse en media hora y usted salió del Bonanza a las cinco y cinco minutos, y aun contando con que hubiese mucho tránsito, antes de las seis podía llegar usted al aeropuerto y tomar cualquiera de los aviones que salen a esta hora, con tiempo suficiente para llegar a su casa de Beberly Hills antes de las siete quince de la tarde.

Las preguntas del teniente machacaron la cuestión de aquel viaje y una y otra vez repitieron las mismas inquisiciones:

- «—¿Si no fue a ver a su esposa, a quién visitó entonces?
- »—¿Acaso no sabía que la doncella tenía su día libre y la encontraría sola?
- »—¿Quién le vio en Los Ángeles? ¿Quién puede testimoniar que usted no estuvo en la villa de Beberly-Hills?».

Así una y otra vez, y siempre sin respuesta.

Sin respuesta.

Tom Windrow se preguntaba el porqué de aquella actitud pasiva de John.

¿Acaso se debía a que después de muerta su esposa la vida carecía de sentido para él?

Era una razón, pero... llevada hasta el extremo de no importarle que le ejecutaran, resultaba ya menos convincente.

CAPÍTULO VII

Tom Windrow continuó en la soledad de su despacho, con la lectura del sumario, con los informes completos.

Llegó al punto que cuando ya más complicadas estaban las cosas para John, apareció una nueva prueba.

La doncella Edna Grant fue acompañada del teniente a la casa para efectuar una nueva inspección. Falk quería que Edna tratara de recordar si pudiera haber algo que llamara su atención, algo que en definitiva sirviese para corroborar la acusación contra John Frasser.

Y apareció la prueba.

Edna descubrió los guantes color *beige* y marrón que John Frasser solía usar para conducir el automóvil.

John Frasser había salido con el automóvil que dejó aparcado en el *parking* del aeropuerto, y Edna recordaba que la mañana del día de autos los llevaba, y, sin embargo, ahora aparecían en la casa, como olvidados entre otras prendas sucias.

Inmediatamente, Falk volvió a la carga con Frasser.

- «—¿Cómo explica la presencia de esos guantes en la casa? Si usted no hubiese vuelto no estarían allí.
- »—Han pasado ya muchos días. No sé..., no recuerdo.
- »—Usted no ha vuelto a dormir en la casa. Desde aquella noche ha dormido en el hotel.
- »—No sé cómo pueden haber llegado hasta allí, teniente. Pero esto no es ninguna prueba.
- »—Sí que lo es. Cuando alguien lleva una prenda encima y asegura no haber vuelto al lugar donde se colocó aquella prenda, y luego aparece mezclada entre la ropa sucia.
- »—¿Ropa sucia?
- »—Sí, señor Frasser. Edna Grant no ha vuelto a ocuparse de la ropa. Todo está tal como quedó aquella noche. Incluso los

guantes. Unos guantes que debía llevar usted o en todo caso permanecer en la guantera del coche.

- »—No sé..., no me lo explico.
- »—Yo, sí. Es una hipótesis. Por ejemplo, usted regresa a casa. Tiene prisa y lleva puestos los guantes, llega con un propósito determinado y se olvida de quitárselos. No los necesitaba puesto que no le importa dejar sus propias huellas. De cualquier modo los guantes de conducir de poco podían servirle...
- »—No..., no. Eso no es verdad.
- »—Déjeme continuar, Frasser... Su esposa tal vez no se encuentra muy bien y está ya acostada... Comprende por qué ha regresado usted y trata de huir. Usted la persigue y la mata».

No...

Entre los muchos errores que ha cometido, uno es el de olvidarse los guantes que momentos antes se ha quitado y que han quedado olvidados en el cesto de la ropa sucia que Edna Grant no ha sacado porque es su día Ubre... Entonces para que nos creamos que el crimen lo ha cometido un ladrón, al ser descubierto huye por la puerta de servicio...

- »—¡He dicho que no! —es la respuesta sin demasiada fuerza de John Frasser.

Saltándose las hojas del sumario con nuevas y similares declaraciones, Windrow llegó hasta el primer día del proceso contra Frasser, cuya defensa quiso asumir el propio Frasser en su calidad de abogado.

Durante el desarrollo del juicio no aparecieron pruebas contundentes. No había testigos oculares, ni huellas concretas en el cuerpo de la víctima, pero en cambio existía el viaje fantasma del acusado. Un viaje que negó hasta que la azafata aseguró haberle reconocido.

Los guantes probaban asimismo que Frasser había regresado a la casa.

La imposibilidad del acusado de probar donde estuvo durante su corta estancia en Los Ángeles.

Existían también como meros detalles complementarios otros hechos, como, por ejemplo, el interés inicial y secreto que John Frasser demostró al interesarse desde el principio por la cuantía de la herencia y del momento en que podía posesionarse de ella, aunque después pareció no volver a acordarse, lo que el fiscal calificó como un ardid para dejar pasar el temporal hasta que quedase libre de toda sospecha.

Aquellos movimientos sospechosos, las mentiras y todo el conjunto de circunstancias convirtieron las presunciones en afiladas armas que el fiscal no dudó en esgrimir.

La pasividad de Frasser y su actitud durante el proceso en el que ni una sola vez tuvo una frase que dejara entrever su amor por la esposa asesinada, su frialdad absoluta, como si lejos de importarle la muerte de Lorraine, fuese algo así como una liberación.

Esgrimió en su defensa la falta del arma homicida, pero, sin embargo, se supo que faltaba uno de los bastones que Lorraine guardaba, por lo que era lógico suponer que se había desprendido de él, cosa que, sin duda alguna, no hubiese hecho un ladrón ocasional y menos si se admitía que el crimen se había cometido apresuradamente.

El final del proceso era de todos conocido. Culpabilidad y condena para John Frasser.

Ahora Windrow recordaba la nota que recibió de Frasser semanas después.

Recordaba que había ido a visitarle en San Quintín.

Recordaba palabra por palabra la conversación que sostuvieron.

—Eres mi único amigo de verdad, Tom. He hecho un pequeño testamento. Quédate con todo.

—No digas estupideces y deja que te ayude.

—¿Qué crees que puedes hacer tú?

—Tú no eres culpable, John... Eso lo has repetido muchas veces, y yo te creo, porque me lo has dicho a mí.

—¿Crees que me hubiera declarado asesino no siéndolo?

—Te has dejado ganar la mano por el fiscal. Lo sé. Si de veras hubieses matado a Lorraine, te enfrentarías con la verdad, esgrimirías unos motivos y los defenderías. Te he visto actuar en algunos casos.

—No debo ser tan bueno.

—Tú mismo te has buscado que te condenen, pero quieras o no, voy a meter las narices en esto... ¿Qué dices?

—Está bien, Tom, sálvame si puedes.

—Primero empecemos por el principio. No quiero ningún cabo suelto.

—No hay cabos sueltos.

—¿Crees que puedo haber sido un ladrón?

—Es lo más probable. Lorraine no tenía líos. Estoy seguro.

—¿Dime por qué volviste?

Ante la duda de John, Tom recordaba haber insistido:

—¡Vamos! ¿Por qué regresaste a Los Ángeles aquella noche?

—Si te lo digo, Tom, no lo vas a creer —fue la respuesta.

CAPÍTULO VIII

¿Cómo consiguió Windrow la revisión del proceso?

¿Cómo logró demostrar la inocencia de John Frasser?

Windrow recordaba en primer lugar la respuesta de John Frasser.

La pregunta había sido:

—¿Por qué había regresado a Los Ángeles?

La respuesta concreta:

—De veras me encontraba mal. No es la primera vez que me ocurre. No quería que nadie lo supiera. El puesto en la Metropolitan Incorporation ofrecía un gran porvenir, no quería dar muestras de debilidad... Siempre he temido por mi corazón. ¿Sabes? Es un secreto. No quería revelarlo. Nadie quiere a gente tarada... Bueno, pensé que como las sesiones no tenían que reanudarse hasta el día siguiente, tenía tiempo. Así que fui directamente a casa de mi médico.

—¿Por qué no lo dijiste en el proceso?

—¿De qué hubiera servido? No encontré a nadie, ni nadie me vio tampoco.

—¿Y no fuiste a tu casa?

—No. Hubiera tenido que explicarlo a Lorraine y se hubiera asustado. Ella tampoco sabía nada de mi enfermedad.

—Pero hablarías con alguien... ¿Dónde vive tu médico?

—En Santa Mónica, bastante cerca del aeropuerto.

—¿Dejaste el coche en, la calle?

—Sí.

—Alguien pudo verlo.

—Tal vez un agente. Recuerdo que discutí con él por una tontería. No sé. ¡Oh, sí! No arrancaba y el claxon se disparó. Vino para ver qué me ocurría y le contesté mal. Estaba nervioso. No me encontraba bien y había hecho el viaje en balde.

—¿Discutiste con un agente y dices que no te vio nadie!

—Eran más de las ocho, Tom, y se supone que Lorraine murió como máximo a las siete y quince minutos. Tenía tiempo sobrado..., según las pruebas.

—¿A qué hora llegaste a Los Ángeles? —inquirió Tom, lanzando un respingo.

—A las siete y media. Eso sí lo recuerdo.

—¡A las siete y media!

—Sí. No salí de San Francisco a la hora que supones.

—Tú mismo te has metido en el lío. ¿Qué pretendes? ¿Asfixiarte en la cámara octogonal?

—No tengo testigos de nada. ¿De qué serviría?

—¿No guardas el pasaje?

—Tomé el billete dentro del avión. Seguramente lo tiré. No sé. No recuerdo.

—¿Y los guantes?

—¿Los de conducir?

—Sí. Estaban en tu casa y esa doncella dice que los llevabas.

—Sí. Ella estaba haciendo algo en el garaje, no sé. Me vio. Posiblemente se fijó. Dice la verdad, llevaba aquellos guantes... ¡Espera! Ahora que recuerdo.

—¡Animo, amigo! Cualquier detalle puede ser importante.

—Creo que... no estoy seguro, pero creo que tengo dos pares iguales... Fue una coincidencia. Creí haber perdido unos y Lorraine me regaló otros iguales. Luego los encontramos... Tengo varios pares distintos, pero hay dos que son iguales. Puede que sean éstos. De ser así, los otros seguirían en el coche, en la guantera, claro.

—¡Y nadie comprobó eso! Bien, John... Habrá que trabajar sobre lo que tenemos, procura recordar más cosas y no te importe que se sepa lo de tu salud. Es mejor estar enfermo que muerto. ¿No crees?

—No conseguirás nada.

De momento Windrow logró un permiso especial para una nueva investigación.

¡No pudo ir mejor!

Encontró nada menos que el billete del avión adquirido dentro del mismo en su viaje de ida.

Estaba completamente doblado y guardado entre la cinta de su sombrero.

¿Cómo se le había podido olvidar un dato semejante a un condenado que se supone debe luchar con dientes y uñas para demostrar su inocencia?

Pero allí estaba, el billete, y la numeración correspondía al vuelo que llegaba a Los Ángeles a las siete y media de la tarde.

Windrow obtuvo otra comprobación que demostraba que Frasser no había mentido:

El doctor Charles Holoway corroboró la enfermedad de Frasser. Nada grave, una ligera insuficiencia cardíaca que iba por buen camino, pero era causa sobrada de preocupación para el enfermo. Cabía, pues, en lo posible de que la versión de su repentina indisposición y posterior visita al médico fuese cierta.

El agente con el que discutió Frasser lo recordaba perfectamente, incluso el número de la matrícula del automóvil y más o menos la hora.

Los guantes, encontrados debajo del cojín del asiento eran idénticos a los que la doncella había visto entre la ropa sucia, por tanto, era otra prueba a su favor, aunque la principal, era la imposibilidad física de haber estado en la casa, por lo menos antes de cometerse el crimen y, por tanto, si el avión llegaba a las siete treinta y poco más de las ocho, un agente aseguraba haber discutido con Frasser, era del todo imposible que el acusado hubiera tenido tiempo de ir a la villa de Beberly Hills.

Windrow consiguió la revisión. Frasser declaró:

—Seguía encontrándome mal y me quedé un buen rato en el coche, luego tomé ese avión a las nueve cincuenta para regresar a San Francisco. Entonces sí llamé a mi mujer, pero sólo dejé sonar el teléfono un par de veces. Pensé que estaría durmiendo. Era ya muy tarde.

Todo, todo seguía grabado en la mente de Windrow. Hasta el final.

El sumario seguía, más lo importante estaba en lo leído hasta entonces; en cómo se había podido probar el error que se iba a cometer con John Frasser. Error debido, principalmente, a fallos del propio Frasser al autodefenderse.

Y eso era precisamente lo que a Windrow le había movido a profundizar una vez más en la cuestión.

¿Por qué aquellos fallos?

En principio podían atribuirse a las circunstancias del momento, pero una vez Frasser estuvo sereno... ¿Por qué no se esforzó en pensar que guardaba todavía el billete del avión con cuyo número podría perfectamente averiguarse a qué vuelo pertenecía?

Claro que todo aquello sería obvio recordarlo de no ser por la posterior actitud de Frasser, con su marcha, con su desinterés por conocer al culpable de la muerte de su esposa.

Para él, y esto había quedado bien definido desde el primer momento, fue un ladrón ocasional y nada más.

«¿Fue un ladrón ocasional realmente?», se preguntaba Windrow.

Claro que todas aquellas dudas que tenía en este instante se hubieran venido abajo para dar paso a una mucho más importante si en aquellos momentos hubiese podido ver nada menos que a la propia Lorraine, durmiendo junto a su marido.

Y la pregunta que Windrow se hubiese hecho habría sido:

«Si Lorraine estaba viva..., ¿quién era la mujer idéntica a ella que había sido asesinada aquella noche en la villa de Beberly Hills?».

«Y... ¿quién la había asesinado?».

CAPÍTULO IX

Eran las once de la noche.

La habitación del motel permanecía a oscuras.

Las camas gemelas estaban ocupadas por Lorraine y John, respectivamente.

La ventana del dormitorio tenía las cortinas descorridas y la luz de la luna se filtraba a través de los cristales.

No era, sin embargo, la claridad que llegaba hasta los pies de la cama lo que mantenía despierta a la pareja.

El motivo de que los dos se hallaban desvelados era muy otro.

El silencio fue roto por la voz de Lorraine:

—John... Si algún día llegara a descubrirse todo... ¿Qué ocurriría?

—¿Por qué piensas en esto?

—No puedo, John... Desde aquella noche, no puedo... Estos meses pasados sin tu compañía fueron toda. —Tía más horribles.

—Toda ha terminado, Lorraine.

—No, John... Yo sé que tú también piensas en ello.

—Con el tiempo lo olvidaremos.

—John.

—Duerme.

—John, necesito que lo sepas.

—¿Qué?

—Si no hubiese sido por el miedo de que te mataran, llegó un momento en que pensé decir toda la verdad, pero temí que hubiese sucedido lo peor.

—¿A qué viene todo esto, ahora? Hicimos un trato. Yo lo he cumplido.

—Sé que me quieres mucho.

—Claro que sí. ¿Es que lo dudas?

—¿Podría dudarlo?

—Anda, duérmete. Mañana va a ser otro día muy duro.

Otro silencio que ella cortó para murmurar:

—John. Ahora viajas con nombre falso. Si algo ocurriera. Si te detuvieran...

—Mira, querida, si uno no hace mal uso del nombre que utiliza no ocurre nada. Lo del nombre es simplemente para evitar complicaciones. Te lo repito, no ocurrirá nada.

—¿Y a mí?

—Tú estás «oficialmente» muerta.

—Sí, pero...

—¡Oh, Lorraine! ¿De qué sirve recordar ahora todo esto?

—Perdona, John, perdóname.

—Descansa.

Lorraine no replicó. Cerró los ojos, pero siguió despierta.

También John permaneció despierto.

La frialdad no había abandonado su rostro y en sus pensamientos estaba dándole vueltas el mismo recuerdo.

El suyo era un recuerdo que se remontaba unos días antes de aquel 4 de abril.

Se remontaba a una semana antes exactamente.

Fue el día que Lorraine recibió una llamada telefónica y a punto estuvo de desmayarse.

Era una tarde y John había regresado más pronto que de costumbre.

Quería trabajar en otro artículo en favor de la abolición de la pena de muerte no sólo en el estado de California, sino en toda la nación.

Ella soltó el teléfono que había atendido en la sala de estar.

—¿Qué te pasa, Lorraine?

—¡Dios mío! —Apenas había logrado musitar la joven.

John corrió a su lado. La sujetó.

—Estás como el papel. Avisaré al médico.

—No, no, John; déjalo, por favor.

—Pero ¿qué te ocurre? ¿Con quién has hablado?

Ella se dejó caer en el sofá.

—Por Dios, Lorraine. ¿Qué pasa?

La dejó un momento para ir en busca de coñac. Le hizo beber un sorbo de un vaso.

Aquello pareció hacerla reaccionar.

—Habla, Lorraine. ¿Qué te ha sucedido?

—Nada... No me hagas preguntas, por favor.

—¡Lorraine! Soy tu marido. ¿Es que no confías en mí?

—No.

—¿Qué dices?

—John, si hubiera confiado, te hubiera dicho la verdad... El mismo día que me pediste que me casara contigo. Pero no tuve valor. Además, creí que... que nunca sucedería esto.

—Lorraine..., tienes que descansar y cuando te sientas con fuerzas, vacías tu corazón. Yo te escucharé. Sea lo que sea, no creo que nunca tenga motivos para avergonzarme de ti. Te quiero y tú lo sabes. Si estás en un apuro, ¿quién mejor que yo para ayudarte?

—Eres muy bueno, John. Pero cuando sepas la verdad, me detestarás.

—Anda, tranquilízate. No se puede detestar a quien se ama. ¿Comprendes?

No insistió en aquel momento, pero tampoco pudo concentrarse en su trabajo pensando en el misterioso secreto que había podido ocultarle su esposa. El secreto dejó de serlo y el misterio se desveló unas horas más tarde cuando ella confesó la verdad.

CAPÍTULO X

Continuando con sus recuerdos, John Frasser continuó viviendo aquella escena acaecida la semana anterior al 4 de abril de 1968.

Su esposa había tratado de serenarse, pero su rostro estaba agitado y sus ojos brillantes.

Le costaba trabajo arrancar de su pecho aquel secreto. Tuvo que darse ánimos sirviéndose un coñac.

Luego empezó:

—¿Recuerdas cuando me conociste?

—Perfectamente.

—Fue en una de esas fiestas que tú tanto detestas.

—La razón es simple. Está llena de gente con la cabeza vacía y los bolsillos llenos. Todos acaban emborrachándose y algunas mujeres pierden la dignidad para no aburrirse. Es una opinión anticuada, pero ya ves... Allí te conocí.

—Yo era como ésas. Como esas chicas vacías.

—Pero no perdiste la dignidad.

—Quizá porque me enamoré de veras sólo de verte. Te vi distinto y pensé que eras el primer hombre de veras que se había cruzado en mi camino.

—Dejémoslo en que tenía que ser así.

—Pero yo no era distinta. Me gustaba todo lo *snob*. Nunca hice nada de provecho, por eso papá me despreció siempre. Yo era la niña de sus ojos. Le decepcioné. Por eso me desheredó. Hizo bien. Sabía que su dinero no duraría mucho en mis manos. Siempre fui una egoísta y sólo pensé en mí misma, en comprarme cosas que luego tiraba, en darme todos los caprichos. ¿Quién puede creer en una persona así? Pero eso terminó al conocerte... Entonces me propuse ser diferente, cambiar. De repente me di cuenta de que todo estaba vacío en mí. No tenía ideas, ni fe... Sentí vergüenza de mí misma, pero no quise que tú lo supieras. Ese quizá fue mi gran

error.

—Explícate. Dices que tu padre te desheredó.

—Es cierto.

—¿Rectificó en el último momento?

—No existió ese último momento. Ya te dije que papá había muerto en un accidente.

—¿Y no fue así?

—Sí. Fue así, pero no había rectificado.

—Bien, entonces... Esta casa, tu dinero...

—No es mío.

—Lorraine. De veras que trato de entenderlo, pero...

—Ahora lo comprenderás.

Sacó algo del bolsillo, una cartulina que entregó a John.

El vio que se trataba de una fotografía.

En la fotografía había dos muchachas de unos doce años, de cabello castaño. Estaban en el jardín de una casa, con trajes iguales.

Lo más asombroso de la fotografía es que las dos muchachas parecían ser una misma. Se parecían como dos gotas de agua y a simple vista era muy difícil distinguir algún rasgo distinto entre la una y la otra.

John comenzó a comprender.

—¿Gemelas?

—Sí, John. Papá lo dejó todo para mi hermana.

—¿Es la que te ha llamado hace poco?

—Sí. Se llama Lorraine. Ella es la que se llama Lorraine. Yo soy Patricia, pero seguimos siendo idénticas. Es muy difícil que alguien consiga identificarnos y de eso me aproveché.

—Pero... ¿Cómo es posible?

John recordaba cómo en aquellos momentos le pareció estar viviendo un sueño. Algo que nada tenía que ver con él, ni con su esposa, pero reaccionó para llegar hasta el final. Para saber la verdad en sus más mínimos detalles.

Ella prosiguió:

—Cuando papá murió, Lorraine estaba en Europa. Yo sabía que todo era para ella, y ella lo sabía también. Nunca hablamos de este asunto de la herencia, pero sabía que ella se alegró mucho al saber que papá lo había cambiado todo a su favor. En el fondo me odiaba.

—¿Por qué?

—Porque siempre el ojo derecho de papá fui yo. Era más vivaracha, sabía hacerle las carantoñas en el momento oportuno. Ella, con su retraimiento, tenía el don de la inoportunidad. Si en lo físico nos parecíamos, en lo demás éramos la cara y la cruz de la moneda.

Creo que Lorraine liego a tener complejos... Fuimos creciendo... Bueno, ella vivía siempre alejada, quiso emanciparse y jamás pidió un centavo. Yo me aproveché de esto para hacer lo que me apetecía. Bueno... papá llegó a darse cuenta y, de repente, todo varió. Un día se sintió enfermo, y yo no quise dejar de asistir a una fiesta... Fue un golpe terrible para él... Sí. Lo comprendí después, pero ya era tarde.

—Sigue —había pedido John tras la pausa que su esposa realizó para entrar en la fase final del relato.

—No le dije nada cuando papá murió... El secretario de nuestro administrador era amigo mío. Estaba enamorado de mí y... conseguí saber que pensaban avisar a Lorraine directamente y el día que iban a echar la carta al correo, junto con otras, fui al despacho y... conseguí apoderarme del sobre, nadie se dio cuenta y luego... lo rompí... Unos días después dije que, puesto que ya no tenía nada mío, me marchaba, pero lo que hice en realidad fue ocultarme unos cuantos días. Me compré ropas distintas y cambié ligeramente mi peinado.

—Y te presentaste como Lorraine. ¿No es eso? —adujo John. Ella asintió.

—¿Y no pensaste que tu hermana tendría que enterarse alguna vez?

—¿Y qué? Pensé marcharme lejos, con todo el dinero.

—¿Y la firma?

—Nadie sabía cómo firmaba Lorraine. Yo sí, por las cartas. No era difícil imitarla. Nadie dudó en absoluto de que era yo. Es decir..., de que yo era Lorraine. Bueno..., para dar más veracidad fingí llamar desde París y anunciar mi llegada. El administrador vino a esperarme al aeropuerto. Yo sólo tuve que mezclarme entre los pasajeros que llegaban procedentes de Europa vía Nueva-York. Todo resultó perfecto.

Hizo una nueva pausa para continuar.

—Cuando todo era legalmente mío, escribí una carta a mi

hermana, para saber, más o menos, cuáles eran sus planes. Le dije que papá estaba de viaje para que no le causaran extrañeza mis líneas.

»Dijo que pensaba venir por Navidad, pero que ya avisaría. Yo pensé que me quedaba mucho tiempo por delante, pero luego..., al cabo de tres meses, recibí un comunicado. Iba dirigido a papá porque allí seguían ignorando su muerte. Era una compañera de mi hermana. Me decía que había tenido un accidente durante una excursión y había muerto. No sentí nada... En todo caso una sensación de libertad, sin embargo... ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué hice todo esto?

—Bueno, sigue.

—Ya no había vuelto a pensar más en ella hasta que me ha telefoneado.

—Entonces no murió.

—No. Y sabe la verdad. No sé cómo se ha enterado, pero la sabe. Está dispuesta a airearla... ¡Oh, Dios! Bien es cierto que no es en mí en quien pienso ahora, sino en ti. Un escándalo te hundirá.

John quedó pensativo.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó de pronto.

—No me lo dijo. Sólo que vendría cuando menos lo esperara, que quería darnos una sorpresa, a los dos.

—Por supuesto tendrás que renunciar a todo lo que no te pertenece. En bien de todos procuraré disuadirla de que no airee esto. Podía costarte la cárcel. De cualquier modo, si está dispuesta a llevar el asunto adelante, tendrás que afrontar la realidad. Buscaré el mejor modo de defenderte...

—John..., ¿no me desprecias?

—Ahora es tarde para lamentaciones... No se puede borrar de repente el amor que con el tiempo se ha hecho más firme...

—Te juro que estoy arrepentida, John.

—Arreglaremos eso del mejor modo. De ahora en adelante no toques ni un solo centavo de ese dinero.

—John..., desde que nos casamos hice lo que me pediste. Hemos vivido exclusivamente de tu dinero. No he vuelto a tocar nada.

—Todo lo que hayas gastado lo pagaré de mis ahorros. Quiera o no quiera denunciarte, el dinero se le tiene que devolver.

—John, pero tú no tienes nada que ver.

—Puesto que soy tu marido, sí tengo que ver. Cuando venga tu hermana, llámame esté donde esté. Quiero hablar con ella. Diga lo que diga tienes que aguantarte.

—Le pediré perdón. Lo siento de veras, John... Si hubiese creído que vivía, me hubiera puesto en contacto con ella. Estaba dispuesta. Debes creerme.

—Te creo...

Éste había sido el prólogo.

¿Qué pasó luego?

¿Por qué murió la hermana gemela de la señora Frasser?

¿Quién la mató?

Ése era otro secreto.

CAPÍTULO XI

John seguía pensando.

Ahora desfilaba por su mente el recuerdo de aquel viaje rápido que tuvo que hacer a San Francisco una semana después.

Habían sido siete días de espera, aguardando una llamada telefónica de la auténtica Lorraine, una llamada que no llegó.

John recordaba todavía las pesquisas que realizó de un modo velado para intentar localizarla.

Fue todo inútil.

Su afán de solidificar su porvenir le impedía rechazar aquel viaje importante a San Francisco y partió encomendando a su esposa que si ocurría algo «de lo que esperaban» durante su ausencia se lo comunicara inmediatamente.

Y sucedió.

Fue apenas llegado al hotel una vez terminada la reunión.

John había mentido afirmando que se encontraba mal. Había mentido también en la hora de tomar el avión. Lo tomó antes de las seis y compró el billete a bordo. De este modo resultaba menos fácil ser recordado. En aquellos momentos no intentaba pasar inadvertido porque llevara en su cabeza intención alguna de matar a la hermana de su esposa, simplemente quería evitar alguno de esos rostros conocidos que siempre surgen cuando uno menos lo desea. El estaba en San Francisco en una misión concreta y no quería dar explicaciones, al menos, de aquella índole.

Llegó a la villa a las siete y ocho minutos.

Lorraine, la verdadera Lorraine, estaba muerta.

—Dios mío..., John... Yo no quería. Ha sido horrible. ¡Dios mío!

—¿Qué ha pasado? Empieza por el principio y trata de serenarte.

La llevó fuera del salón y le dio coñac.

—Ahora habrá que avisar a la policía. Me condenarán. Se sabrá

la verdad...

—Cálmate. ¿Cuánto rato hace qué...?

—Antes de llegar tú, no lo sé... No sabía qué hacer. ¡Dios mío!

—Bueno, bueno... Tu doncella suele llegar bastante tarde. Tenemos tiempo, explícalo todo, desde el principio. Tú me llamaste a las cinco.

—Sí. Ella acababa de llegar. Venía en plan de guerra. Empezó a burlarse de todo, a decirme que empezara a prepararme para ir a la cárcel, que no pensaba perdonarme en absoluto y se burló de ti... Yo quería hacerla callar, pero ella se reía cada vez con más fuerza.

—Sigue, sigue.

—«Calla, calla», repetía, pero ella me contestó: «¿Por qué no pides ayuda? A la gente le extrañará bastante. Y al señor Sutton, el administrador, será el primero que le interesará conocer la verdad. ¿Le llamamos ahora? ¡Oh, no! Primero quiero conocer al imbécil de tu marido...». ¡Dios mío, creí que iba a volverme loca! Luego... Luego empezó a revolverlo todo. Abrió el armario y comenzó a probarse los vestidos. Decía que eran suyos, porque los había comprado con su dinero.

Entre llantos continuó en un hipo creciente:

—Iba cambiando de actitud, como si hubiese perdido el juicio... A veces amenazaba, otras seguían burlándose. Dijo que había estado en un hospital de París luchando entre la vida y la muerte y que era cierto que muchos la creyeron muerta, luego pensaron que ya había escrito rectificando, pero entonces llegó a sus manos un periódico en el que venía una foto mía con el nombre de Lorraine... Al llegar aquí, comenzó a insultarme, luego sacó un revólver.

—¿Dónde está?

—Aquí... —repuso ella, sacándolo de su bolsillo.

—No debiste haberlo tocado.

—Es que... Iba a disparar... Y luchamos.

—¿Quería matarte?

Ella asintió.

—¿Por qué?

—Te digo que me parecía loca. Cambió una vez más de actitud y me dijo que me mataría y que ocuparía mi sitio... Que se divertiría contigo fingiendo que era yo. Dijo también que, si yo había ocupado su puesto durante ese tiempo, ella también tenía derecho a

hacerlo, que al fin y al cabo Lorraine era su nombre auténtico. Primero creí que bromeaba, que era una nueva manera de seguir burlándose, pero empuñaba el revólver firmemente y en la otra mano tenía el bastón. Me obligó a caminar delante de ella.

—¿Iba vestida así? ¿Tal como la vi al llegar?

—Sí. Ya te digo que se lo probó todo. Mira cómo está el cuarto... Todo revuelto.

—No importa, ya lo arreglaremos.

—Pero...

—Sigue.

—Iba a disparar y me lancé contra ella para evitarlo. Le pedí por favor que cesara en su actitud, pero Lorraine cada vez parecía desear más y más mi muerte. La derribé. Ella soltó el revólver y el bastón y yo intenté coger el arma para dominarla y esperar que tú llegaras, pero Lorraine se me anticipó. Saltó y agarró el arma. Yo sólo pude alcanzar el bastón... Sé que traté de golpearla en el brazo. No sé lo que ocurrió. Se movió seguramente y después de haber descargado el golpe la vi quedar inmóvil con la frente chorreando sangre. ¡Dios mío! Era mi hermana... ¡Mi hermana!

John lanzó un suspiro.

No era un caso simple ni mucho menos. Allí ya no valía alegar legítima defensa. Habría que contar la verdad desde el principio... ¿Y qué iba a pensar un jurado de una mujer que suplanta a su hermana para usufructuar la herencia? Suplantación, robo, falsificación y asesinato...

Era un caso demasiado claro. Dirían que su mujer había matado a la hermana para que no descubriera la verdad.

—Dios nunca podrá perdonarme lo que he hecho.

—Tú no querías matarla.

—No. De veras que no —sollozó ella.

—Si ocultamos su cuerpo, puede llegar a descubrirse. Debe tener amigos. Palta saber si ha hablado con alguien.

—Ha venido sola. Lo dijo en algún momento —aseguró la mujer.

—Tengo que pensar algo.

—John... Afrontaré las consecuencias.

—Esto no es tan fácil.

—Mi conciencia nunca me dejaría vivir tranquila, John. Contaré la verdad.

—Escucha, Lorraine.

—No. Sabes que no soy Lorraine.

—Para mí lo serás siempre. Esto no puede variar las cosas... Escúchame. Siempre lo más sensato es decir la verdad, pero en este caso tienes demasiadas cosas en contra.

—Sé que voy a perderte igualmente.

—No es de mí de quién se trata, sino de ti. Por encima de todo soy tu marido y he de sacarte de esto como sea. Si te entregas, te condenarán a muerte... Yo no quiero que te maten. ¿Sabes?

Ella se dejó caer, anonadada, ausente.

—Arruinaré tu vida. La he arruinado ya. Déjame, John. Te he traído mala suerte.

—No puedo abandonarte ahora, pero insisto en que entregándote no veo la manera de salvarte. Dirán que es una confesión «arreglada». ¿Comprendes? Que lo presentamos todo de modo que todo parezca menos de lo que es... Si no mediara lo de la suplantación sería distinto.

—Si he de morir...

—No digas esto.

—Es mi castigo.

—Reacciona. ¡Oh, querida! Imagino lo que debes sentir, pero no puedo arriesgar que te condenen. Si hago mal que Dios me juzgue, pero te salvaré... Y empiezo a saber cómo. Escucha, escucha atentamente...

En la mente de John Frasser desfiló ahora todo el plan que en medio de aquel momento de confusión surgió sereno y frío.

Ahora, al cabo de año y medio, al volver a revivir sus palabras y sus pasos pensaba que todo había salido más o menos de acuerdo con lo planeado.

En primer lugar, decidió que todo el mundo creyese que la muerta había sido su esposa. Inmediatamente ella saldría para esconderse, pero antes necesitaba un disfraz. Quedaron en que él compraría lo necesario y se lo entregaría en determinado lugar, luego ella, con ese disfraz, saldría para no regresar jamás a aquella casa. Y así se hizo.

John se dirigió entonces a Santa Mónica porque necesitaba preparar su doble juego. Por un lado, precisaba una coartada, por el otro necesitaba dejarse ver.

En Santa Mónica fue al consultorio de su médico, a sabiendas que no le encontraría y dejó adrede que su claxon sonara para atraer la atención del agente con el que discutió para que el policía pudiera recordarlo en su momento.

Anteriormente había puesto en orden la habitación-dormitorio y de un modo deliberado dejó los guantes de forma que pudieran verse. En aquello le había ayudado la suerte de poseer dos pares iguales.

Su siguiente paso fue el aeropuerto.

Compró un billete y después se entretuvo buscando en las papeleras. Necesitaba uno de los tickets que se expenden en los aviones, de un vuelo con llegada posterior a la hora en que había muerto la hermana de su mujer.

Tuvo que andar con disimulo, pero al fin lo encontró. Un billete y tuvo suerte. Tuvo que consultar en las ventanillas de la compañía dando una excusa. Allí le dijeron que efectivamente aquel billete había sido expedido en uno de los vuelos que le interesaban.

Más tarde, ya en el avión, hizo lo posible para que la azafata se fijara en él.

Así concluyó la primera parte del plan.

La segunda consistía en lo que de verdad sucedió, que le acusaran del crimen. ¿Por qué?

Se lo explicó a su mujer bien claramente.

—Necesitan un culpable y no podrán encontrarlo. Si el caso queda pendiente cualquier día podrían acusarme a mí, por eso es mejor prepararse.

—No te comprendo.

—Si me juzgan una vez, demostraré mi inocencia y ya no podrán volver a juzgarme por lo mismo. ¿Comprendes?

—Pero esto es muy arriesgado.

—Correré el riesgo. Pero todo saldrá bien. Tengo un buen amigo que es abogado.

En realidad, todo resultaba bastante simple, casi elemental, pero John había tenido siempre fe en las cosas simples y elementales, cuando mayor era la simpleza más probable el triunfo. Las cosas complicadas a menudo fallan.

Aquello no había fallado. Cada acto de aquella comedia había salido de acuerdo con el ensayo mental practicado de antemano.

Y ésa había sido toda la historia.

Ahora, despierto todavía en la habitación del motel, John no se sentía satisfecho.

Cierto que había salvado a su esposa y que no había cometido ningún delito, pero todo aquello se le antojaba poco limpio, pero era necesario seguir y más ahora que lo difícil había pasado.

Pero... ¿había pasado realmente?

CAPÍTULO XII

Eran casi las ocho cuando John y Lorraine se proponían proseguir su marcha hasta el nuevo hogar de Kansas.

John fue directamente al portaequipajes y Lorraine iba a entrar cuando de la parte trasera se abrió bruscamente la portezuela y una mano tiró con fuerza de Lorraine que gritó:

—¡John!

John soltó la maleta al tiempo que el hombre que había permanecido oculto en el coche gritaba:

—¡Quietos los dos!

Reforzaba la Orden con un «Colt» que empuñaba en la mano derecha. Un «Colt» del calibre treinta y ocho.

—Meta la maleta y entre —ordenó el individuo.

Era un hombre de la edad de John, de similar corpulencia, y Lorraine observó una pequeña cicatriz en la mejilla.

En seguida se acordó de la descripción que había hecho el agente que la mañana anterior les detuvo apenas entrar en el estado de Utah.

—Es el que buscan.

—Sí, me buscan, pero ustedes no podrán contarlos si no hacen lo que yo les digo. Dese prisa. —La orden iba para John—. Si no pone este cacharro en marcha rápidamente, les mataré... Ya les habrán dicho lo que hice. ¿Verdad? Lo mismo van a hacerme por matar a dos que a media docena... Sólo tengo una vida que perder..., pero no tengo ningunas ganas de que me quiten de en medio... Antes me llevaré a unos cuantos por delante.

Lorraine estaba en peligro y John comprendió que aquel tipo era un hombre desesperado que no vacilaría en cumplir su amenaza.

Abrió la portezuela y pasó al interior.

El sujeto mantenía el revólver a la altura del cuello de Lorraine, que estaba lívida.

Amartilló nerviosamente el arma.

—Cuidado, ¿eh? Se lo he advertido. Ahora arranque. Ella recibirá el balazo si usted quiere pasarse de listo.

John pensó en el «32» que guardaba en la guantera, pero intentar cogerlo en aquel instante era demasiado arriesgado.

Optó por poner en marcha el automóvil y esperar una ocasión mejor.

El fugitivo bajó el revólver dejándolo a la altura del regazo y sin dejar de apuntar a la joven.

Su chaqueta le sirvió para tapar el arma.

El auto rodó por la carretera y el fugitivo advirtió:

—Si nos detiene alguna patrulla invente lo que sea para que no sospeche de mí. ¿Lo ha entendido, chófer? Porque no me costaría nada apretar el gatillo. ¿Lo sabe, eh?

—Ya lo sé. Descuide. Haré lo que usted diga —repuso John, armándose de paciencia.

Mentalmente calculaba las posibilidades que tenía para, en un momento dado, avanzar la mano derecha hacia la guantera y sacar el revólver.

Entretanto deseó fervientemente no tropezarse con ninguna patrulla porque la policía podría sospechar y si el fugitivo se ponía nervioso la vida de Lorraine no valdría ni dos centavos.

—¿No puede correr más este cachorro? Quiero pasar la frontera del estado cuanto antes —gruñó el hombre del revólver.

—Procuro no llamar la atención —repuso John.

—Usted corra. Haga lo que yo le digo. Obedezca.

La carretera discurría bordeando el río. A veces la calzada se elevaba y la margen derecha formaba un acantilado. Luego volvía a descender y el agua parecía besar el macadam.

Durante veinte minutos John siguió a una marcha de ciento diez kilómetros a la hora mostrándose un experto conductor.

Tuvo que aflojar cuando la carretera inició una serie de curvas elevándose nuevamente y, dejando el río cada vez más al fondo del comienzo de un valle.

—Más deprisa. ¿Es que no sabe manejar? —Gruñó de nuevo el fugitivo.

John pisó el acelerador.

—Más arriba hay un desvío a la izquierda. Eche por él... Así será

menos fácil que los polis nos detengan... Es lo que deseas, ¿verdad, chófer? Pues te iba a salir mal. Te lo aseguro.

John, en silencio, había acelerado de nuevo alcanzando casi los noventa a pesar de las curvas.

Estaban llegando a la parte más alta.

—El cruce está cerca. Pon atención —siguió el fugitivo.

Quedaba una curva y John la tomó a buena velocidad.

El sendero de que había hablado aquel tipo estaba allí. John dobló el volante en el instante en que de la curva de la carretera surgía un mastodóntico camión.

—¡Cuidado! —gritó el fugitivo.

Lorraine presintió el peligro y lanzó un tremendo grito.

El conductor del camión intentó frenar mientras.

John maniobraba para no perder el control del coche.

El frenazo y la maniobra con el volante hicieron patinar el coche, cuyas ruedas traseras se salieron de la carretera. Era justo en el lado del precipicio.

Todo sucedió en breves segundos.

El conductor del camión, agrandando los ojos, dejó escapar un susurro:

—¡Cielo Santo!

Era el momento en que el coche de alquiler color crema, matrícula de Kansas, saltaba al vacío.

La carrocería fue rebotando en los salientes de las rocas mientras daba varias vueltas de campana.

Un cuerpo salió despedido por una portezuela que se abrió.

Al fin el auto detuvo aquella forzada carrera, muy cerca de la orilla del río.

La gasolina caliente produjo la tremenda explosión.

En un momento todo el coche quedó convertido en una tremenda bola de fuego.

El chófer del camión intentó, desde lo alto, ver lo que se podía hacer. Su ayudante, con los ojos fuera de las cuencas, quedó como paralizado.

El coche seguía ardiendo.

Los conductores de otros coches se habían detenido, ahora el fuego había cedido ya y dentro del vehículo habían quedado dos cuerpos carbonizados por completo. No podía saberse si viajaban

detrás o delante, ni si eran hombres o mujeres.

El olor a carne quemada resultaba nauseabundo.

El conductor del camión sacudía la cabeza de un lado a otro.

—Dios, Dios... La culpa no ha sido mía. Iban como locos.

—¿Cuántos eran? —preguntó otro de los últimos testigos llegados al lugar.

—No lo sé. No tuve tiempo de ver nada. Todo ocurrió muy deprisa. Se había cruzado para girar por el camino secundario. ¿Dónde diablos iban? Es un camino cortado... Y al menos iban a noventa. Puedo jurarlo.

—Bueno, usted no puede hacer nada ya... Creo que necesita un trago. Todos lo necesitamos.

La sirena de los coches patrulla dejó oír su aullido. Agentes con motocicletas acudían al lugar del accidente.

Luego, más tarde, llegó la ambulancia y los cuerpos fueron rescatados.

Horas después se llegaba a la conclusión definitiva de que los cadáveres pertenecían a un hombre y una mujer.

Un agente gigantesco reconoció el coche, matrícula de Kansas, y recordaba a la pareja.

No recordaba los nombres y los documentos habían ardido por completo.

—Sí... Recuerdo que dijeron que se dirigían a Kansas. A Topeka —dijo el hombre.

En el despacho del *sheriff*, apareció uno de sus hombres con una nueva y desconcertante novedad.

—El jefe ha mandado llamar a un experto.

—¿Un experto en qué? —preguntó uno de los agentes.

—En balística.

—¿Balística? —inquirió el agente.

—El hombre llevaba una bala alojada en el cuerpo. Un disparo a quemarropa. La pistola no ha sido encontrada.

Se produjo un silencio general.

Lo de la bala complicaba las cosas, porque todo parecía indicar que aparte del accidente hubo algo más...

El *sheriff* añadió:

—Hay que hacer una nueva batida por aquel lugar.

CAPÍTULO XIII

El cuerpo del hombre permanecía casi oculto en un surco, parecido a una tumba.

Era un cuerpo machacado, desfigurado el rostro, inmóvil, pero todavía con vida.

Lo encontraron al finalizar el día.

Había perdido mucha sangre y el pulso se le notaba débil. Muy débil.

Por el momento se ignoraba quién era.

Le trasladaron al hospital con una ambulancia. Era el único superviviente de la tragedia y los médicos se apresuraron a atenderle.

—Transfusión.

—Pinzas.

—Bisturí.

—Pinzas.

La operación tuvo carácter de suma urgencia. El *sheriff* y algunos agentes esperaron fuera.

Al cabo de dos horas el cirujano jefe informó:

—No le puedo decir nada. Habrá que esperar algún tiempo y tampoco puedo asegurar cuánto... ¡Ah! Tampoco será posible identificarle por sus rasgos personales. Está completamente desfigurado. Si todo va bien tendrá que ser sometido a una operación de plástica. De lo contrario... Bueno... —Hizo una pausa y añadió claramente—: Tiene el rostro completamente quemado. Me extraña que todavía viva.

No hubo más comentarios. Nadie reclamó tampoco aquel cuerpo inmóvil que durante una semana permaneció sin abrir los ojos, respirando únicamente con cierta dificultad y en perenne estado de coma.

La enfermera Shillah era la encargada de atenderle y

normalmente un agente montaba guardia al otro lado de la puerta.

Y transcurrió otra semana... y otra.

Al cabo de un mes el paciente todavía no había recobrado el conocimiento.

En el parte se inscribían las mismas palabras:

«Persiste la gravedad. No hay reacción. Se mantienen las esperanzas».

A la quinta semana, el *sheriff* habló con el jefe del hospital en presencia de Shillah.

—Me gustaría echar un carpetazo a este asunto... En confianza. Si muere ese tipo, ahorrará dinero a los contribuyentes.

—Eso no es cuenta mía. Aquí se hará lo posible para que se salve —repuso el cirujano.

—¿Qué ha hecho? —inquirió la enfermera.

—Bueno... Nadie es culpable hasta que no se demuestra lo contrario —sonrió el representante de la ley—. Pero éste...

—¿Es el hombre del que hablaba la Prensa y la televisión últimamente? —inquirió la enfermera.

—Eso parece.

Se hizo un silencio.

El *sheriff* añadió:

—Mató a la familia de un granjero... Y luego está el balazo encontrado en el cuerpo del individuo que iba en el coche... Tendrá que responder de todo esto...

—Bien... En cuanto haya alguna novedad, se la comunicaré, *sheriff* —repuso el cirujano jefe.

Y transcurrieron otras dos semanas.

Shillah, como de costumbre, cumplió con su obligación. Todo se desarrolló normalmente hasta que una tarde, el paciente abrió los ojos.

Había confusión en el estado del herido.

Durante más de siete semanas había permanecido totalmente inconsciente.

Tras unos primeros balbuceos comenzó a hablar.

Shillah fue contestándole las ambigüedades hasta que el hombre, con la cara totalmente vendada, pareció darse cuenta de la situación.

—Sí... Creo que tuve un accidente... Esto... Esto es un hospital.

¿Verdad?

—Está usted en Utah.

—Quisiera recordar...

—No se esfuerce.

—¿Cuándo... cuándo ocurrió...?

—Lleva usted mucho tiempo inconsciente. Avisaré al médico.

—Espere.

—No hable.

—Necesito saber.

—Por favor, no hable.

—Dios mío. Estoy como... No sé... No sabría cómo explicarlo.

—No se esfuerce. Todo se arreglará —repuso Shillah e inmediatamente fue en busca del doctor.

El paciente quedó inmóvil en el lecho. A través de las oberturas del vendaje solo podía verse aquel par de agujeros y tras ellos irnos ojos escrutadores.

¿Quién era aquel hombre?

—No... No recuerdo mi nombre... —murmuró.

El *sheriff* estaba al lado del doctor. Había también otro par de agentes en la habitación, y la enfermera.

—¿Estará fingiendo? —inquirió el policía dirigiéndose al cirujano.

—Es prematuro —repuso el médico—. Prácticamente acaba de despertarse. No se le puede forzar.

Bien, doctor. Tendrá usted la protección necesaria. Ese hombre oficialmente es un delincuente. Aunque él no lo recuerde... es un asesino.

—No se puede asegurar —murmuró Shillah.

—Bueno. Teniendo en cuenta que buscamos al asesino de unos granjeros... y que ese individuo viajaba con una pareja que se dirigía a Kansas y que al hombre le ha sido encontrada una bala en el cuerpo... ¿Qué pensaría usted? Falta tomarle las huellas dactilares.

—Tardarán algún tiempo —repuso el médico—. No se le puede quitar el vendaje de las manos.

—Sí, sí... Bien, esperaremos —contestó el *sheriff*.

Otras dos semanas.

El paciente seguía sin recordar, pero los vendajes de las manos ya le habían sido sacados y el *sheriff* le tomó las huellas en el propio hospital.

Más tarde, el paciente inquirió:

—¿Qué pasa, Shillah...? ¿Por qué me toman las huellas? ¿Por qué viene un *sheriff*?

—No se inquiete... Es para hacer una comprobación —repuso la enfermera.

Durante aquel tiempo al cuidado de una vida que se estaba escapando, Shillah había tomado afecto al paciente, que continuaba con el rostro vendado.

—Shillah... ¿Quién soy yo? —preguntó el enfermo.

—Usted no lo sabe, y aquí tampoco tenemos documentos.

—Shillah... ¿Acaso soy un criminal?

—¡Oh! No se inquiete... Quédese tranquilo.

—Pero me han tomado las huellas... Y he visto la mirada del *sheriff*. Esos ojos... Esos ojos inquisidores... No me mienta, Shillah.

—Yo no puedo decirle nada. De veras. Si usted no recuerda...

—Lo intento, lo intento.

—No se esfuerce ahora. Poco a poco..., con el tiempo, logrará usted recordar.

¿Quién era en realidad aquel hombre?

Sólo podía ser uno de los dos que viajaba en el automóvil.

Sólo podía ser o bien John Frasser... O el asesino de los granjeros.

Pero de momento ni él mismo podía dar una solución a este enigma.

Y el resultado de los expertos...

El resultado de los expertos podía ofrecer muy escasa luz.

No existían huellas dactilares en el arma homicida, aunque las balas correspondían a la pistola encontrada en el lugar del accidente.

Lorraine, de no haber muerto, hubiera podido decir que el hombre que se metió en el automóvil usaba guantes.

Pero Lorraine estaba muerta. No había nadie, absolutamente nadie que pudiera abogar en favor del paciente del hospital.

¿Quién era?

CAPÍTULO XIV

Cuatro meses más tarde, el herido pasó la última prueba.

Sólo aquel hombre que todavía llevaba el vendaje en el rostro podía conocer la verdad de su persona.

Sólo él podía ayudarse a sí mismo.

Su mente, sin embargo, seguía cerrada por completo a su pasado.

El paciente sólo aseguraba recordar los días transcurridos en el hospital, más confusos en los primeros tiempos y muchos lapsos a medida que los largos días fueron transcurriendo.

La última prueba consistía en quitarle aquel vendaje después de una serie de intervenciones a fin de configurar un nuevo rostro.

El espejo hubiera podido identificarle, y otras personas en otros lugares tal vez hubiesen podido atestiguar quién era aquel hombre que toda su impresión era la de haber nacido en aquel centro asistencial del Estado.

Shillah fue a buscarle para que pasara al consultorio del especialista que había intervenido en su persona cuando el resto de sus heridas habían, sanado. Era el cirujano que había practicado en él las intervenciones para darle un rostro humano, a cambio de la faz carbonizada que lucía cuando entró en el hospital.

—¿Listo? —sonrió Shillah.

—Cuando quieras.

No. No era extraño que al cabo del tiempo se tutearan, porque, para el paciente, Shillah había sido la única persona que se interesó por él humanamente.

Para la enfermera, aquel hombre, no había sido sólo un enfermo y en el transcurso de los días llegaron a una amistad que ya podía considerarse «límite».

—¿Asustado? —inquirió ella, mientras el joven se contemplaba al espejo para ver una vez más lo que había visto durante tanto

tiempo: una máscara blanca, un vendaje compacto que únicamente se abría por las aberturas de la boca y de los ojos.

—No. No estoy asustado.

—Vamos. Te acompañaré. El doctor está esperando.

Momentos más tarde y tras cruzar aquel inacabable corredor, llegaron a una de las salas del cirujano en estética.

El paciente se sentó en una silla graduable y las manos hábiles de otra enfermera comenzaron a quitar las vendas, mientras él estaba tumbado en posición oblicua.

Cuando el primer vendaje hubo sido retirado de su rostro, el médico reemplazó a la enfermera para quitar el segundo vendaje.

Tras la nueva tira de gasa aparecieron unos apósitos que igualmente fueron retirados por el médico.

Por fin, el rostro apareció a los ojos de los presentes.

El médico miró con gesto grave el resultado de su obra. También una de las enfermeras del cirujano de plástica observó circunspecta aquella faz.

Los ojos del paciente buscaron a Shillah.

Ella también le observaba, y fue la primera en sonreír.

—Un buen trabajo, doctor —murmuró.

—Sí... Y era bastante difícil en su estado. Bien... Creo que ya podrán extenderle el alta, por lo menos en lo que a mi departamento se refiere —dijo el médico.

—¿Alguien quiere darme un espejo? —pidió el hombre.

Shillah tomó uno que estaba en la mesa del instrumental.

—Toma.

El paciente observó el rostro.

Permaneció en silencio un minuto, tal vez dos.

—¡Dios mío! —exclamó al fin.

—¿Qué te ocurre, Larry?

Ella, desde hacía algún tiempo, le llamaba Larry, era un nombre, para los dos, menos frío que 327, como era conocido entre el personal sanitario en general.

A él le gustó Larry y se quedó con el nombre, un nombre que en ningún caso podía ser suyo.

—Es como si me viera por primera vez... Estoy ante el espejo y veo a un extraño. Esto es horrible... Horrible.

—Lo comprendo.

—Creí que...

—No, Larry... Tu memoria no podía volver con sólo mirarte al espejo. Éste, indudablemente, nunca fue tu verdadero rostro. Ahora es distinto. Tú también eres diferente.

—¿Y nunca podré recordar?

—Tal vez, poco a poco... He hablado con el profesor Stemberg... Le dije que tenía un interés especial.

—Gracias, Shillah.

—Es verdad, Larry.

—¿Qué te dijo?

—Ratificó sus palabras de siempre... La amnesia no es una enfermedad concreta y sujeta a reacciones fijas. Por lo general y según los últimos estudios... los sujetos que la padecen han sido víctimas de un fuerte *shock*, en cuyo caso su situación transitoria es leve. Un día como máximo. En los casos de accidente, a consecuencia de un trauma puede sobrevenir la amnesia total.

—Pero... ¿hasta cuándo? Dijiste que para muchos es cuestión de un día.

—Esto es para los casos de amnesia anterógrada o retrógrada. Es decir, si falla el recuerdo de un hecho reciente, o el de épocas anteriores. Tu caso es distinto...

—Un caso incurable.

—No seamos pesimistas, Larry. Hasta ahora has vivido en el ambiente del hospital, no has visto más paredes que éstas, ni más personas de las que te han cuidado... Cuando estés fuera.

—Sé que estoy en Utah porque tú me lo has dicho, sé parte de lo que ocurrió porque me lo contaste, porque lo leí en los periódicos y sé que sólo tengo opción a dos nombres; que sólo puedo ser John Marhs o un asesino llamado Jud Carrigan... Ni sé quién diablos es John Marhs ni... —miró sus manos.

Ella guardó silencio, hasta que al cabo de unos instantes el desconocido cerró las manos mientras exclamaba.

—No. No. Estas manos no son las de un asesino... ¡Dios, Dios!

—Animo, Larry —musitó Shillah—. Tú razones bien. Te horroriza pensar que hayas podido cometer un asesinato... No eres el criminal.

—¿Y quién es John Marhs? Nadie me ha reclamado. Nadie ha preguntado por mí.

—Viajabas con una mujer.

—Eso también lo leí en los periódicos que me facilitaste.

—El dueño del parador dijo que aquella mañana un matrimonio, llamado Marhs, había salido de su establecimiento, y un agente reconoció el automóvil que conducías.

—Sí, sí... Pero todo esto no me dice nada.

Les habían dejado solos, en la penumbra de la habitación iluminada tenuemente con luz indirecta.

El permaneció silencioso.

—No puedo recordar haber estado casado... Ni siquiera el nombre de esa mujer que iba conmigo. ¡Tendría que recordarlo! ¿Cómo se llamaba?

—No fue posible identificarla por los documentos. Todo ardió.

Nueva pausa, nuevo silencio, dramático para el hombre que luchaba para establecer su auténtica personalidad.

Si era Frasser, era lógico que nadie hubiese preguntado por él porque ninguna persona sabía hacia dónde había ido y porque aquel nombre lo había sustituido por el de Marhs, que en definitiva era un desconocido.

Si era el asesino Jud Carrigan... ¿Por qué había matado? ¿Qué prejuicios tenía contra la sociedad? ¿Qué razón le impulsaba a matar, a asesinar?

Ella interrumpió sus pensamientos.

—Aun suponiendo que fueses ese Carrigan... Hay muchos matices que aducir.

—¿Matices?

—Hablé también de ello con el profesor.

—¿Sobre qué?

—Nadie sabe nada en concreto de Carrigan... Podía ser un perturbado... Alguien que, en un momento dado y a consecuencia de un accidente, puede cambiar radicalmente. Es la misma persona fisiológicamente, pero en realidad su psique es otra...

—¿Quieres decir que yo...?

—Es sólo una suposición.

—¿Cómo se puede vivir de suposiciones?

—Te comprendo perfectamente Larry, pero en —el peor de los casos...

—Yo también te comprendo, Shillah. En el peor de los casos yo

sería un criminal que por una extraña circunstancia mi cerebro ha cambiado y me ha convertido en un hombre de bien... Extraña normalidad esa de no recordar... pero no cambia en nada los hechos si ese hombre, yo, tiene en su haber, Dios sabe cuántos crímenes. —Tú aborreces el delito. Tus palabras lo demuestran—. ¡Qué se yo lo que aborrezco!

—Pero te aterra pensar que puedas ser...

No pudo concluir, una enfermera entró para avisar.

—Está aquí el teniente Matews. Desea hablar con el paciente.

—¡Ah! —exclamó Shillah.

—Bueno... Supongo que el policía estaba esperando ese momento. Ahora ya estoy dado de alta. Tendré que enfrentarme con ellos, sin saber qué responder.

CAPÍTULO XV

Shillah esperaba fuera del despacho del teniente.

Matews, tras la mesa, miraba atentamente al hombre sin nombre.

—Bien, amigo... Pudo haberse matado y, sin embargo, vive, y le han dado un rostro nuevo... Muchos quisieran tener un rostro nuevo. Por lo tanto puede considerarse afortunado.

—¿Usted cree?

—Oiga... ¿Esa enfermera, la señorita Shillah le ha puesto un nombre?

—Sí.

—¿Larry, eh?

—Sí.

—¿Ha pensado en el apellido?

—¿Qué quiere, teniente? Dígalo concretamente.

—Quiero saber quién es usted.

—¿Cree que a mí me gusta vivir como un desconocido para mí mismo?

—Bueno... Sería un magnífico remedio para escapar de la justicia.

—No lo crea. Yo...

—¿Qué sigue...?

—Nada...

—Bueno... éste es un país libre y nadie es culpable hasta que no se demuestre lo contrario. Si es usted el criminal, de momento se libra de ser ahorcado.

—¿Ahorcado?

—Bueno, es un decir. ¿Por qué?

—Porque creí que en Utah se utilizaba la silla eléctrica.

—¡Vaya! Su memoria no ha desaparecido para según qué cosas... Sabe que en Utah usamos la silla eléctrica.

—Bueno... Eso lo sabe todo el mundo.

—¿Todo el mundo? Puede... Pero un amnésico...

—Es cierto. Tal vez lo dije por...

—Ande, siga...

El desconocido balbució:

—Hay... veinticinco estados que usan la silla eléctrica, otros emplean la horca y, por último, están los que utilizan la... cámara de gas, y seis... Sí, seis que abolieron la pena de muerte.

—Es usted un empollón... Entiende mucho de esas cosas.

—Se me ocurrió de pronto. Se lo aseguro.

—Bien... el resultado de las huellas no cuenta. Carrigan usaba guantes, usted tiene un rostro nuevo y no está en condiciones de declarar, pero recuerda perfectamente el tiempo que pasó en el hospital.

—Sí, teniente.

—Por tanto es usted un hombre nuevo a los treinta años. Un recién nacido con uso de razón... Eso quiere decir que sabe razonar y comprende el bien y el mal. Lo sabe diferenciar.

—Desde luego.

—Y entiende las cosas.

El hombre asintió.

—Pues bien. Escucha esta advertencia. Ahora es libre. Pero cuidado. Mucho cuidado, un paso en falso y volverá aquí. Hay unas cuantas víctimas detrás de un criminal que no sabemos si está muerto o no... Su libertad está condicionada a su mente. Cuidado. Se lo advierto.

—Teniente... No deseo ser un criminal.

—Ni yo que lo sea, amigo. No somos tan duros... Pero hay unas víctimas y alguien tiene que pagar. Ojalá haya pagado ya. Eso ahorraría un juicio y por tanto dinero a los contribuyentes. Ande, váyase. Ella le espera.

Poco después Larry se reunió con Shillah.

Era su primera noche «libre». Y tenía deseos de andar. De ver cosas y se le ocurrió lo más natural cuando un hombre pasea con una mujer y es hora de cenar.

—Éste parece un buen restaurante... ¿Quieres... que cenemos juntos?

—Claro que sí.

Iban a entrar y de pronto él se detuvo contrariado.

—Dios mío.

—¿Qué?

—No tengo dinero... Todo lo que llevaba... ¿No quedó nada, verdad?

Ella negó con una sonrisa y añadió:

—No te preocupes, yo llevo.

—¡Oh, no! No puedo permitir que...

—Larry. Es lógico.

—Tendré que buscar un empleo.

—Ahora todavía no. Debes descansar.

—¿Más todavía?

—Necesitas tiempo. Anda, vamos.

—Pero vas a pagar tú.

—¿Qué hay de malo en ello?

El dudó. Pasó al interior del establecimiento y ocuparon una mesa.

Ante el rostro circunspecto del hombre, Shillah exclamó:

—Vamos... No pongas esa cara de funeral.

—¡Tengo... tengo una idea! —exclamó Larry de pronto.

—¡Ah, sí!

—Tengo que ir a Kansas... El agente de la patrulla, dijo que el conductor del coche había manifestado que se dirigía a Kansas.

—Sí. Es una buena idea. ¿Cuándo piensas ir?

—Pues... mañana. Bueno. Está, el asunto del dinero ¡Oh, qué torpe! Utilizaré la tarjeta de crédito de la American Exp... —No concluyó la frase.

El mismo se daba cuenta de acababa de decir una cosa importante. O al menos de recordarla...

Si tenía una tarjeta de crédito de la American *Express* era porque...

—No quedó nada, Larry —repuso ella—. Pero vas por buen camino. Tú solías utilizar una tarjeta de crédito. ¿Te imaginas a un ladrón perturbado utilizando una tarjeta?

—¿Por qué no? Y más si era un perturbado. Un psicópata tal vez. Existen personas con doble personalidad... Es cierto. El caso del doctor Jekyll y Hyde es una fantasía, pero en cierto modo se ajusta a la realidad... Hay personas, sujetos, que de pronto se

desdoblan y cometen una serie de atrocidades que en su estado normal no las cometerían...

—¿Por qué te has detenido? Sigue...

—Es cierto. ¿Cómo puedo saber yo todo esto? ¿Y por qué me nombra al doctor Jekyll y a...? Es una película de la que se han hecho varias versiones, hace ya años. La última la protagonizó Spencer Tracy.

Ella sonrió.

—La vi por televisión.

—Shillah... ¿Cómo puedo recordar esto?

—Has perdido la memoria en lo que concierne a tu circunstancia. A los acontecimientos que afectan tu vida pasada, pero no a los recuerdos o conocimientos de las cosas.

—Pero antes no...

—Es porque vas mejorando... Se están abriendo pequeñas puertas en tu mente.

—Sigue hablando...

Cuando salieron del restaurante, Larry no había llegado a ninguna conclusión sobre su persona. Fue como si de repente todos sus conocimientos o recuerdos hubieran vuelto a encerrarse a cal y canto.

Sólo al pasar delante de una tienda se quedó un momento parado mirando el escaparate.

Las luces reflejaban los luminosos de un par de tiendas de la acera de enfrente, y sobre el cristal del escaparate que observaba estaba escrito el nombre del mismo con letras de latón.

El establecimiento se llamaba:

GORKY

A la mañana siguiente el jefe de Shillah, estaba reunido con el teniente y la muchacha.

—Bien —decía—. Le he concedido las vacaciones que me ha pedido para realizar esta prueba, señorita, pero atienda a las instrucciones del teniente Matews.

Matews tomó la palabra.

—Supongo que el doctor le habrá advertido del peligro... Si ese

hombre es un criminal, no es posible prever su reacción en el caso de que recobre la memoria. Supongo que el doctor le habrá hablado también.

—Desde luego, teniente —afirmó la muchacha.

—Vaya usted preparada. ¿Tiene un arma?

—No voy a necesitarla. Estoy convencida de que Larry no es un criminal.

—Se ha enamorado usted de él —sonrió el policía.

—No creo que esto sea de su incumbencia, teniente.

—No, no. Lo mío es sólo prevenirla.

—Ya lo ha hecho.

—Se ha pasado aviso a la patrulla y a la policía del estado de Colorado y también a la de Kansas.

—Preferiría que no nos siguieran. Larry no es ningún tonto y si se diera cuenta... Compréndalo, sigue siendo un enfermo. Lo que ahora necesita es confiar en sí mismo y comprobar que se confía en él. Si advierte que le siguen.

—No se preocupe. La patrulla obrará con discreción y tendrá muchos momentos de quedarse a solas durante ese viaje a Kansas y su posterior estancia allí. Quizá demasiados...

—Usted se inclina a creer el lado malo. El puede ser una de las dos personas, pero insiste en que es la mala, el asesino.

—No insisto, señorita —repuso el oficial de la policía incorporándose—. Sólo la prevengo para el caso que lo sea y consiga recordarlo. Y nada más... Que tenga un feliz viaje... O todo lo feliz que usted desee, y ojalá, repito, ese hombre no sea un asesino.

El teniente salió y el médico sólo añadió:

—Suerte, Shillah. Y si tiene dificultades... No vacile en avisar a la policía esté donde esté. No se deje traicionar por los sentimientos.

—Adiós, doctor. Y gracias.

—Adiós, Shillah.

Poco después, en el coche de la enfermera, los dos —ella y el desconocido— emprendían el viaje hacia Kansas.

CAPÍTULO XVI

Thomas Windrow, el abogado y amigo de John Frasser se entrevistó con el administrador de los bienes de Lorraine, que, hasta nueva orden, tenía que seguir en su puesto y esa «nueva orden» sólo podía darla el heredero de la difunta, o sea su marido John Frasser.

—¿Todavía buscando pruebas? —sonrió el hombre tras su mesa de despacho.

—No, no... Ahora me dedico a... Bueno, a veces un abogado debe ser también un poco detective.

—Cierto.

—Usted también es abogado.

—Pero no me dedico a asuntos criminales.

—Oiga... quería preguntarle una cosa.

—Suéltelo ya, colega.

—Es referente al señor Frasser.

—No tuve ningún contacto con él.

—Sí. Ya sé que a usted tampoco le dijo donde diablos pensaba ir.

—No.

—Bien está que no le importe la herencia de su mujer, pero... ¿Por qué huye?

El administrador se encogió de hombros.

—¿Puedo ver algunas cosas?

—¿Cuáles?

—No sé... Papeles, cosas... Busco y no sé exactamente qué.

—Está tratando de encontrar tinta invisible.

—¿Usted lo ve claro?

—Bueno. Frasser es un hombre agotado. Usted que le defendió debe tener una idea de lo que se siente cuando uno es condenado a muerte.

—Sí, admito esto, pero...

—Le dejaré ojear algunos dossier... pero hacen referencia a operaciones concretas a asuntos de Lorraine... El no intervenía para nada.

—¡Oiga! ¿Sabe si la señora Frasser sacó algún dinero digamos extra para sus gastos?

—¿Dinero extra?

—Lorraine vivía de lo que ganaba su marido. Ella, generalmente, me dejaba la administración y sólo en contadas ocasiones me pedía dinero para... Bueno... casi siempre eran para regalos...

—Sí, claro. Estuvieron poco tiempo casados...

—Bueno. Vea lo que quiera. Todo está claro. Esto, naturalmente, es un favor especial, pero tratándose de un amigo del señor Frasser no veo inconveniente.

—Estoy preocupado, lo confieso. Su actitud... En fin, soy un estúpido. No debería meterme, pero uno es amigo o no lo es. O es curioso o no lo es. Si lo es, tiene que llegar el final.

La idea de que Frasser pudiera estar amenazado era una hipótesis que le preocupaba y a falta de saber la verdad buscaba como quien da palos de ciego.

Sin embargo, aquel afán, aquella preocupación por John Frasser le llevó a un descubrimiento bastante importante.

—Aquí hay una firma de la señora Frasser con su nombre de soltera.

—Firmaba siempre así.

—Se trata de una finca en Topeka.

—¡Oh, sí! Lo recuerdo perfectamente...

—¿Solía vender propiedades?

—No.

—¿A quién pertenecía ésta?

—La heredó de su padre.

—La venta está hecha a nombre de un tal John Marhs.

—En efecto. Lo recuerdo perfectamente porque ella se ocupó de todos los trámites. Lo hizo personalmente.

—John Marhs... —repitió Windrow.

—¿Qué le preocupa?

—Han transcurrido casi cinco meses y nadie ha vuelto a saber nada de John Frasser...

Tras una pausa añadió:

—Ni una carta, ni una llamada.

—¿Qué tiene eso que ver con la venta de la casa? ¿Le encuentra alguna relación?

—No hay el comprobante del ingreso del dinero... ¿Se ha fijado? En el apartado donde debería poner el asiento de cobro está en blanco.

—Fue algo personal suyo. Debía tenerlo guardado, no sé... Déjeme ver... ¡Ah, sí! La venta fue realizada en el año sesenta y ocho. Todavía no estaba casada con John Frasser.

—¿Me permite los libros?

El administrador accedió y Windrow comenzó a hojear las páginas hasta encontrar la fecha correspondiente a la venta.

—No está anotado aquí —observó.

—Debe tratarse de un error. Ahora recuerdo... Esta nota apareció de pronto. No sé cómo. Se juntó con varios papeles. No sé cómo vino a parar aquí. Estaba junto a un escrito de Lorraine donde me decía que era una cosa personal y me limitara a archivarla. Así fue.

—Un tanto irregular.

—Quizá, pero la letra y la firma eran suyas... Sí... Creo que fue más o menos... ¡Eso es! —recordó triunfante—. Ella había muerto. Aquellos días se amontonó un montón de correspondencia... El señor Frasser no había sido acusado formalmente y por tanto tenía que preparar una serie de cosas por la cuestión del testamento... Eso influyó en que lo demás se retrasara, incluyendo esta nota.

—¿Después de muerta Lorraine... tuvo usted esta nota?

—¿Qué está cavilando?

—Nada, pero me gustaría conocer a ese John Marhs.

—Tal vez esté en Topeka disfrutando de la casa...

Otra reflexión por parte del abogado para añadir:

—Mire... Voy a comprobar su cuenta personal. Sé que será algo difícil... pero lo haré. Ese ingreso de la casa tiene que figurar de algún modo, si no lo juntó con los demás asuntos y lo ingresó en su cuenta particular, tiene que estar.

—Es lo que pensé yo.

—Pero no lo comprobó.

—No tengo ningún libro. Yo sólo me ocupaba de las cuentas

generales... En el caso concreto de la casa no tenía que intervenir en nada.

—Pero figuraba en el conjunto de bienes.

—Desde luego.

—Entonces.

—Ella era muy dueña de hacer y deshacer. Una casa no es dinero efectivo.

—Pero al confeccionar el balance del 68, figuraba la casa y, sin embargo, la había vendido.

—Eso era asunto de Lorraine. Yo la di de baja al recibir la nota y asunto concluido.

—Gracias.

—Ha conseguido intrigarme. ¿No puede decirme qué trama?

—Todavía no lo sé, pero hay una cosa clara. Hace casi dos años ella vende una propiedad y se supone que lo ingresa en su cuenta personal, pero hasta poco antes de su muerte no le manda a usted el aviso. ¿Por qué? ¿Por qué precisamente entonces? ¿No se da cuenta?

—Podía tratarse de un olvido. No era precisamente demasiado ordenada. Cambió al casarse con el señor Frasser.

—Pero también puede tratarse de algo más...

—¿Qué?

—De querer justificar esa venta en un momento determinado... Precisamente poco antes de morir.

—Tuvo que ser así, porque podía mandarme la nota después de haber sido asesinada.

El abogado quedó pensativo.

Acompañado del ayudante del fiscal entró en la casa de los Frasser.

—Esto no es muy legal, Windrow —dijo el funcionario público.

—Soy amigo de la casa.

—Pero no has sido invitado.

—Falk... estoy tratando de ayudar a un amigo y quiero un testigo. Eso es todo. Espero que nadie presente una denuncia.

Falk sonrió.

Poco después, Windrow tenía el libro que reflejaba la cuenta personal de la mujer que todos conocían como Lorraine Frasser.

Tras un repaso, Windrow hizo el descubrimiento que presentía.

¡No había ningún ingreso referente a la venta de la propiedad!

—Listo, Falk. Podemos irnos.

—Comienza a explicarme qué barruntas...

—Sí. Lo haré por el camino, Falk. Lo haré por el camino —
repuso el abogado.

CAPÍTULO XVII

Topeka.

El desconocido se sentó en la mesa frente a Shillah, la enfermera y murmuró:

—¿Por dónde empezamos?

—¿Te recuerda algo la ciudad? —preguntó ella a su vez.

—No. Creo que nunca estuve aquí antes de ahora.

—Bien. Yo pienso que eres John Marhs. Puede que tengas intereses aquí.

—No sé... Si no he estado nunca.

—Hay que buscar. En el registro de la propiedad, por ejemplo.

—Dudo que tengamos éxito.

—Tú te dirigías aquí... con una mujer.

—Es posible.

—Pues vamos, Larry. O mejor voy a llamarte John. Sí, eso es...

—Me gusta más Larry.

—No. Desde ahora te llamaré John... Hay que partir de una base. ¿Qué era John Marhs? Te oirás llamar constantemente este nombre, tal vez te ayude a recordar... Sí. ¡Vamos, John!

Poco después John hacía un importante descubrimiento. Recientemente su nombre había sido inscrito en el registro de la propiedad.

—¡Tienes una casa! —exclamó ella.

El empleado que atendía a la pareja arqueó los ojos como si acabara de escuchar una tontería... ¿Cómo podía alguien tener una casa y no saberlo?

John preguntó:

—El nombre del anterior propietario.

—¿No lo sabe usted? —preguntó el empleado.

Shillah se apresuró a decir.

—Es que queremos hacer una comprobación, ¿sabe? Es algo

confidencial.

—Hum... Veamos —el empleado buscó el apartado correspondiente y leyó: Lorraine Williams.

—¿Como?

—Lorraine Williams. De Hollywood. California.

—Oh, sí, sí —repuso él, pensativo.

Y ya en la calle, Shillah inquirió:

—¿Te recuerda algo?

—No sé... Es... Es confuso.

—Lorraine Williams.

—Hummm...

—Bueno... He tomado nota de la casa. Vamos allá.

—No podemos.

—¿Por qué?

—Falta la llave.

—Averiguaremos quién la tiene. Tú eres John Marhs. Piensa en esto.

—Nos estamos metiendo en un lío.

—O tal vez caminamos seguros hacia la verdad, John. —Dios te oiga.

Costó algún trabajo, pero consiguieron saber quién tenía la llave.

Un hombre ya entrado en años se declaró encargado de la limpieza periódica. Dejó aclarado que su mujer y otras asistentas, de acuerdo con las instrucciones dadas de los tiempos en que el «Señor Williams» estaba con vida.

Despidieron al hombre que ya parecía enterado de que John Marhs era el nuevo propietario y sin más fueron hacia la finca.

Era un lugar realmente apto para el descanso. En las afueras y con abundante terreno que nadie cuidaba.

La casa era espaciosa, cómoda, pero a John, naturalmente, no le recordó nada.

—Todo es inútil, Shillah —murmuró.

Dejó caer los brazos y quedó mirando hacia el exterior, dejando vagar la mirada por los viejos olivos que nadie cuidaba.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—No desesperes, John...

El se volvió y después de mirarla a los ojos pasó sus manos por

detrás del cuello.

—Tienes mucha paciencia conmigo, Shillah.

—Me gusta tenerla.

—Shillah... Quisiera ser un normal, creo... creo que te pediría que te casaras conmigo.

—John...

—De veras.

—Cuando recobres la memoria yo... yo no seré nada para ti.

—Te quiero —musitó él.

Y sin más palabras buscó los labios de la mujer. Ella se entregó porque lo estaba deseando.

Trascurrieron diez días.

John trabajaba con gusto en la casa. Personalmente cuidaba del jardín y arregló algunos desperfectos. La explanada ofrecía otro aspecto muy diferente desde el primer día.

Shillah cuidaba de la casa con cariño.

La anormalidad de la situación de John, parecía haber quedado superada.

No es que él aceptara los hechos como algo insoluble, pero el trabajo contribuyó a distraerle y parecía que estaba forjándose una nueva personalidad.

Shillah no le forzaba en absoluto, aunque algunas veces y durante cortas pausas, le veía dejar el trabajo y sentarse en alguna parte y quedar pensativo.

Aquella tarde, mientras él se estaba duchando después de haber estado trabajando en diversas cosas, siempre para la mejor conservación de la casa, se detuvo un coche.

Detrás venía otro vehículo que paró igualmente delante de la casa.

Del primero se apearon cuatro hombres. Ella no les conocía, pero uno era el abogado Thomas Windrow y los otros tres policías del Estado.

En el coche trasero viajaban agentes de la patrulla.

Ella abrió la puerta antes de que llamaran. Uno de los hombres se presentó:

—Capitán Emerson, de homicidios. Mis ayudantes y el abogado Windrow de Los Ángeles.

—¿Qué desean ustedes? —inquirió ella.

—¿Vive aquí John Marhs?

—Sí.

—¿Es usted su mujer?

—No.

—¿Está en casa?

—Sí, por qué... ¿Qué desean?

—Queremos verle a él. Dígale que salga. Con su permiso, vamos a entrar.

—Está bien, pasen...

John salió de la ducha envuelto en una toalla y silbando alegremente. En aquellos momentos era un hombre feliz.

—¡Shillah! ¿Dónde te me...? —Apareció y se detuvo al ver a aquellos hombres.

Windrow clavó la mirada en él.

—Es... la policía, John —murmuró ella.

—La poli... ¡Oh! Otra vez vuelven con...

—¿John Marhs? —preguntó el capitán.

—Pues... Sí.

—¿Conoce al señor Windrow?

—No...

—¿Le conoce usted? —preguntó el capitán al abogado.

—No... Creo que no —repuso Windrow.

Admitiendo que el desconocido fuese Frasser, el nuevo rostro impedía que fuera reconocido.

—¿Qué desean de mí?

—Hay una orden de detención contra usted, Marhs.

—¿Eh?

—Sí.

—¿De qué se le acusa? —inquirió Shillah.

—De asesinato.

—¡No! —exclamó ella—. No puede ser... El no... no tienen pruebas.

—Las suficientes para mandarle a California. ¿Quiere explicárselo, señor Windrow?

—¿A California? —inquirió ella.

—Sí. Allí cometió el crimen —repuso Windrow.

—¿Un crimen en... California? —musitó el desconocido.

—Se le acusa de haber asesinado a Lorraine Frasser.

—¡No! —gritó Shillah—. No pueden acusarle... Este hombre está enfermo... No pueden trasladarlo a California...

CAPÍTULO XVIII

El especialista del hospital contestó a las preguntas del ayudante del fiscal que acudió en compañía de Windrow.

—Es difícil saber si un hombre finge amnesia. Su detenido ha sido sometido a diversas pruebas, electroshock, electroencefalograma... en fin...

—¿Qué, doctor? —preguntó Falk.

—Su mente está perfectamente. Los *tests* indican un elevado coeficiente de inteligencia. Aunque él dice no recordar, puedo aventurar que nos hallamos ante un hombre bien cultivado culturalmente. Hay esa parte oscura que puede infundir dudas... Es como una lección bien aprendida. ¿Miente? Señores, el cerebro humano es una caja cerrada.

—Sométela a todas las pruebas necesarias... No se puede presentar a un hombre ante un jurado si inspira dudas con respecto a su estado de salud.

—He recibido los informes del hospital de Utah donde fue atendido. He repasado su historial. Allí se dictaminó la amnesia total, lo cual, debido al fuerte *shok*, es perfectamente posible. Pero existe el factor tiempo... Han pasado ya más de cinco meses desde el accidente que sufrió...

—Yo también he leído el informe —atajó el fiscal—. Y he visto que existía la disyuntiva de que pudiera ser acusado de asesinato, dadas las circunstancias que concurrieron... La policía de aquel estado buscaba un peligroso asesino, y se sabe que en el coche que ocurrió el accidente iban dos hombres y una mujer. El hombre llevaba una bala en el cuerpo.

—Sí, sí... —repuso el psiquiatra.

Falk añadió:

—Podiera ser que nuestro hombre, al tener que enfrentarse con los asesinatos de que se le acusaban, fingiera seguir en su estado

amnésico para eludir la justicia.

—Bien, denme más tiempo —repuso el médico.

Más tarde, cuando Falk y Windrow habían salido, el primero murmuró:

—¿Qué opina?

—Finge.

Shillah pasaba por la misma calle del restaurante donde estuvieron cenando. Pensaba en su querido desconocido. Quería ayudarlo, pero ignoraba cómo.

De repente se detuvo otra vez en aquel escaparate que John se había parado aquella noche.

Leyó de nuevo:

GORKY

Los luminosos seguían reflejando en el cristal las tiendas de la acera de enfrente.

De pronto la muchacha se fijó en algo...

¿Había mirado John realmente las letras de GORKY o acaso... fueron las que el cristal reflejaba?

Y el cristal reflejaba un nombre correspondiente a una tienda de modas de la acera de enfrente.

La tienda se llamaba:

LORRAINE

Fueron las dudas, las terribles dudas las que llevaron a Shillah hasta California.

Dos noches después se entrevistaba con el abogado Tom Windrow.

—Ahora soy yo que deseo esclarecerlo todo, señor Windrow...

—¿Quiere usted a ese hombre?

—Sí.

—No le conoce...

—¿Se llega a conocer alguna vez a alguien por completo?

—Tal vez no, pero yo no puedo hacer nada.

—Denle tiempo para recordar... No le fuercen.

—No creo en esa amnesia. Pero no se preocupe. Está en manos

de buenos psiquiatras.

—Escuche..., si se le acusa formalmente de ese asesinato... No puede ser Carrigan. No tendría sentido.

—Precisamente, no tendría sentido. Es Marhs. Pero él aprovechó la ocasión que le brindaba el accidente para no quedarse con ninguno de los dos nombres. No acepta llamarse Carrigan porque le hubieran detenido allí mismo... Y como Marhs tampoco podía estar demasiado seguro tras el crimen de Lorraine Frasser. Así fue trampeando.

—De ser así no habría admitido ir a la casa y aceptar que yo insistiera en llamarle Marhs.

—Bueno, usted es enfermera. En usted tenía una buena coartada. Ahora mismo le está defendiendo, que es exactamente lo que él espera que haga.

—El no espera nada.

—¿Cree mucho en este individuo, verdad?

—Sé que no es un delincuente. Hay cosas para las que no existen pruebas, pero una está convencida.

—Señorita..., yo no soy el fiscal, pero le leeré en lo que va a basarse la acusación.

Tomó unas notas y leyó:

—La noche del cuatro de abril de 1968...

Continuó con la descripción del crimen ocurrido en casa de John Frasser, las siguientes circunstancias para terminar con:

Una posterior investigación ha confirmado que la vida de Lorraine, antes de casarse, era un tanto frívola y poseía bastantes amigos, algunos de ellos de condición dudosa, vividores, sin medios de vida demasiado justificados, etc... Uno de esos amigos se llamaba John Frasser (Williams de soltera), se ha probado que John Marhs. Interrogados varios de los que otro tiempo frecuentaban las reuniones y las fiestas de Lorraine Marhs, al casarse Lorraine, dejó de asistir a esas fiestas y se perdió contacto con él... Sin embargo, su nombre aparece en un documento de venta de una finca en Topeka, Kansas, firmado por Lorraine con fecha del año 1968. No obstante, el documento en cuestión no aparece hasta después de muerta ella y sin

ningún ingreso que justifique la venta. Por otra parte, a pesar del tiempo transcurrido, el tal John Marhs no aparece por la mencionada finca, pero en cambio lo hace una vez finaliza el proceso contra el marido de la interfecta. ¿Por qué? Parece evidente que tal venta no tuvo lugar en el año que se quiere justificar y sí, en cambio y muy posiblemente, muy poco antes de cometerse el asesinato. John Marhs se presentó en casa de los Frasser en ausencia del marido y exigió algo de valor a cambio de no revelar algunas cosas del pasado de Lorraine a su marido... Lorraine le ofreció dinero, pero en su cuenta personal no existía gran cosa, porque después de la boda con John Frasser vivía del dinero del marido, y Lorraine quería sacarse de encima a Marhs por lo que le cedió la casa.

Shillah interrumpió:

—¿Qué pruebas tiene de todo esto?

—Naturalmente los antiguos amigos de Marhs no pueden identificarle con un rostro nuevo, pero existe algo importante contra Marhs que es suficiente para hacerle comparecer ante el juez.

—¿Qué es? —preguntó Shillah, visiblemente angustiada.

—Ayer John Marhs fue llevado a la casa de los Frasser...

En una visión retrospectiva y fugaz, el abogado revivió la escena que estaba explicando a Shillah.

En efecto, un coche llegó a la villa de los Frasser. Policía, el médico, el ayudante del fiscal y el propio Windrow acompañaban al acusado.

Entraron en la casa con autorización del juez.

Marhs miraba alrededor suyo de una manera extraña, casi temerosa.

En un momento dado, Marhs abrió un cofrecillo de plata que estaba sobre la repisa del hogar. Parecía un adorno.

»—No toque nada —dijo el teniente.

»—Sólo pretendía coger un cigarrillo —fue la respuesta de Marhs.

Nadie dijo nada, pero era muy significativo que Marhs supiera que «allí dentro» había cigarrillos.

La casa estaba bastante sucia de polvo y antes de salir Marhs dijo:

»—¿Puedo lavarme las manos?

»—Hágalo —repuso el teniente.

¡Y sin que nadie le indicara el camino Marhs fue solo al cuarto de baño de la planta baja!

Windrow concluyó:

—Dígame si eso no es una prueba de que Marhs estuvo en aquella casa, antes de entonces.

—No es posible... ¿Y el marido de esa Lorraine?

—Ha desaparecido, pero puede que Marhs sepa algo de ellos... Es sólo una hipótesis, pero... John Frasser no quiso decir a nadie dónde iba... Puede que sospechara algo..., puede que fuera en busca de Marhs. Eso, claro está, no lo sabemos, ni Marhs lo confesará si es que tuvo algún encuentro con él...

—No, no está claro.

—Un asesinato nunca aparece claro, señorita, pero yo conocía bien a John Frasser. Era amigo mío. Es muy significativo que ni siquiera quisiera defenderse durante el juicio... Parecía aceptar la muerte... Quería a su mujer, la adoraba... Ni siquiera quiso tocar nada de la herencia.

—Yo sigo diciendo que es un enfermo.

—Serán los médicos quienes digan la última palabra —concluyó definitivamente el abogado.

CAPÍTULO XIX

Después de una serie de deliberaciones en el mes de diciembre de 1970 fue autorizado el proceso contra John Marhs.

La circunstancia de que entre los amigos de soltera existiera un John Marhs fue decisiva.

Lorraine había elegido un nombre cualquiera sin tener en cuenta la coincidencia con uno de sus antiguos compañeros. Había elegido pues aquel nombre para su marido y ahora, después de muerta, le arrastraba involuntariamente a él.

La creencia de que Marhs seguía fingiendo la pérdida de memoria para escapar de la justicia la confirmaban los informes médicos relativos a su capacidad intelectual, a sus reacciones.

El abogado de oficio, en su discurso, dijo entre otras cosas:

—... Y la historia nos demuestra abundante cantidad de errores judiciales que ahora en nuestro siglo, en la era espacial, nos parecen imposibles y algunos tildamos de haber obrado con ligereza a los investigadores de la época en que ocurrieron los hechos. No obstante, incluso en nuestros días, se han dado casos... Y existen muchos más que desgraciadamente no podrán ser comprobados porque el culpable ha pagado en la mayor parte de esos casos con la vida... Esto me recuerda lo que John Frasser, mi estimado y desaparecido colega opinaba sobre la pena capital... Si ahora condenáis a ese infeliz que insiste en ignorar su verdadero nombre... Si le acusáis, digo, de asesinato en primer grado, tendréis que condenarle a la cámara de gas o a cadena perpetua. ¿Vais a cometer este error ante la duda? ¿Es que acaso se ha podido demostrar sin lugar a error que John Marhs finge amnesia?

Shillah escuchaba atentamente aquellas palabras...

El defensor en otro pasaje seguía:

—Las pruebas se basan en un posible chantaje, en la venta de esa propiedad en Kansas, luego en la declaración del encargado de

la custodia de la finca que aseguró no haber recibido la orden de cambio de dueño hasta después de fallecida la señora Frasser. Sí. También en el registro de la propiedad está anotada la fecha con posterioridad al crimen... Eso parece probar que la cesión a nombre de John Marhs de la mencionada casa no fue hecha en el año 68, sino un año más tarde y por algún motivo se quiso ocultar. Según el fiscal, esta ocultación es debida a que la señora Frasser evitaba así que su marido pudiera hacer preguntas si llegaba a enterarse, puesto que entonces ella era ya su legítima esposa, luego se alude al conocimiento que de la casa parecía tener el acusado... El fiscal añade que el asesinato se produjo algunos días después, cuando Marhs regresó a la casa pidiendo más dinero y en una discusión mató a la señora Frasser... Yo encuentro muchos puntos oscuros en todo ello..., las escasas pruebas, el móvil... Un chantajista raras veces mata a su víctima, al contrario, desea mantenerla viva para seguir extorsionándola, pero... admitámoslo todo por confuso que sea puesto que, para mí, la pregunta que yo hago es sólo una... ¿Es realmente ese hombre John Marhs? Pensadlo bien... Si no lo fuera y condenarais a ese hombre, ¿podríais dormir tranquilos? Pensadlo bien...

El jurado se retiró a deliberar.

El juicio había durado únicamente tres semanas y John Marhs apenas despegó los labios.

La defensa carecía de testigos, se procuró un par de médicos, pero ninguno rebatió con fuerza la tesis de los médicos de la policía, en lo concerniente a su posible fingimiento.

La defensa, pues, tuvo que conformarse con tratar de confundir a los testigos del fiscal.

Antes de que el defensor abandonara la corte, Shillah le alcanzó.

—He pensado algo, señor Leroy... John, a veces, me hablaba de casos que parecía haber vivido... Parecían asuntos de leyes..., casos propios de abogados... Luego se interrumpía como si ya no recordara nada más... Y sé que en una ocasión dijo a la policía de Utah los nombres de los estados que tenían establecida la pena de muerte...

—Hummm.

—Se me ha ocurrido que... Bueno..., usted dijo en su discurso que John Frasser había luchado por la abolición de la pena de

muerte.

—¿Qué está pensando?

—¿John Frasser ha desaparecido, no?

—¡Oh, no! ¿John Marhs y John Frasser la misma persona...?

No obstante el abogado concertó una cita con Windrow. No fue difícil que el mejor amigo de Frasser quisiera prestar su colaboración dando su parecer.

—No. Imposible. John Marhs viajaba con una mujer. Estoy convencido que John Frasser, tras la desgracia de la pérdida de su esposa, jamás hubiese hecho un viaje con otra mujer. No... La quería demasiado. Ya se lo dije, señorita.

—Pero no está claro, Windrow —adujo el abogado de oficio Leroy—. Usted mismo, si llevara el caso, se apoyaría en esa oscuridad.

—Una oscuridad que proviene de las constantes y continuas negativas de Marhs —terció Windrow—. Ha aceptado un método... «Calla y no te condenarán». Hay muchos casos afines a éste. Lo de la memoria es sólo una *pose*. Creyó que esto le bastaría.

—Señor Windrow... En Utah... John se detuvo una vez en un establecimiento. Le llamó la atención un luminoso que llevaba el nombre de Lorraine.

—Cuidado —previno el defensor—. Esto puede ser un arma de doble filo.

—De ser un asesino no se hubiera detenido como lo hizo, señores. Habría procurado ni fijarse en ello y, sin embargo, yo estaba allí y puedo asegurarles que se esforzaba en recordar.

—Viajaba con una mujer —insistió Windrow—. No puede ser Frasser.

El veredicto fue de culpabilidad y el, jurado recomendó la cámara de gas.

El acusado, sin embargo, no proclamó su inocencia como habían hecho otros en procesos anteriores con pruebas más o menos pobres. El acusado siempre dijo lo mismo:

—No recuerdo nada. Absolutamente nada.

Cuando fue preguntado antes de la lectura de la sentencia si tenía algo que decir se limitó a responder:

—Si me condenan a muerte, moriré sin saber quién soy.

Y la condena tuvo efecto. La ejecución fue señalada para el mes de marzo de 1971.

—¡John, lucharé hasta el final! —prometió Shillah, la única mujer que seguía creyendo en él cuando se lo llevaban a San Quintín.

¿Quién podía salvar a aquel hombre?

CAPÍTULO XX

Todo estaba preparado.

La noche anterior a la ejecución, Shillah fue a ver a Windrow.

—No es posible que sucedan esas cosas... No es posible. John es un hombre sin memoria. Van a cometer un crimen... ¿No se dan cuenta? ¡Van a cometer un crimen!

—Shillah... La petición de clemencia ha sido denegada. Acabo de llamar a Leroy. Seguramente estará intentando comunicar con usted... No debería ocuparme de todo esto... Yo... Yo siempre deseé que se hiciera justicia, pero pienso igual que pensaba mi amigo Frasser. No creo en la pena de muerte... y usted ha conseguido sembrar la confusión en mi cabeza...

—¿No se puede hacer nada?

—Ya no.

—¡Dios mío!

Tras una pausa inquirió:

—¿Qué se ha hecho para localizar a John Frasser?

—Se le ha buscado, desde luego... Pero desgraciadamente se ha perdido toda pista. Conmigo fue con el último con quien habló..., al menos que se sepa.

—¿Y si fuera él?

—No lo repita... Es mi mejor amigo. ¡Yo le salvé una vez de morir en la cámara de gas y ahora...! ¡No, por Dios! No me diga que yo le he empujado a ella...

—Usted fue quien investigó, señor Windrow, quien expuso todo al fiscal.

—Cállese... ¡Vamos!

—¿Dónde?

—¡A San Quintín! No sé lo que voy a hacer, pero ¡vamos!

Concedido el permiso especial, Windrow y Shillah pasaron a la

celda donde John pasaba la última noche.

Era ya las tres de la madrugada. John estaba despierto.

—¡John! ¡John Frasser! —exclamó Windrow.

—¿Qué? ¿Qué dice usted?

John parecía como idiotizado.

—Dame una prueba... Dime algo...

—No sé... No sé qué quiere decir.

Windrow cambió una mirada con Shillah. Era inútil.

—John... Tú puedes ser el marido de Lorraine... ¿Comprendes?

—Lo... Lorraine está muerta. Pero... pero yo no la he matado —
musitó como si saliera de un largo letargo.

Miró alrededor, dentro de aquella estancia de tres metros de largo por dos de ancho.

—Yo... no la he matado. Estaba... lejos. Yo...

—¿Qué ha dicho? —exclamó Windrow.

—No sé... Tengo la sensación de que... de que iba en avión.

—¡Repite eso! —espetó Windrow.

—Es una tontería. Yo no recuerdo haber ido en avión.

—Shillah. Frasser estuvo aquí. En una de las celdas para condenados. Quizá esto le recuerde... ¡Oh, no! ¡Frasser..., sigue! Tú ibas en avión... y regresaste a tu casa y ella vivía. ¿No es cierto?

—No... Lorraine estaba muerta... Pero había otra mujer.

Estaba mezclando las cosas... Estaba confesando ¡la verdad! La verdad de lo ocurrido aquella noche en la villa. Una verdad de todos desconocida.

—Pero ¿qué dices?

—Ella estaba muerta. La verdadera... ¡Oh, Dios! No puedo... No puedo.

—¡Haz un esfuerzo, Frasser! Eso no tiene sentido... Soy Windrow... Te defendí una vez... Te defendí.

—Windrow... —repitió con voz sorda.

—Tu amigo, Tom Windrow.

Entonces John murmuró unas palabras como si no las pronunciara él mismo, como si estuviera en trance:

—Tom..., amigo..., gracias por lo que hiciste. Estoy en deuda contigo. Nunca lo olvidaré.

Lo recitó sin mirar en absoluto a Windrow que exclamó:

—Eso es lo que me dijo John en el bar la última vez que le vi...

¡Dios mío! ¡Tengo que avisar al gobernador!

Y el condenado, con voz de súplica, exclamaba:

—Lorraine, Lorraine... ¿Por qué lo has hecho? ¡Lorraine!

No pudo continuar, cayó desmayado.

Trasladado a la enfermería no despertó hasta pasada media hora.

Miró a los presentes.

Shillah, Windrow, el defensor Leroy, el médico, los guardias.

—John... —musitó ella.

—Shillah.

—Sí, Shillah. ¿Cómo te encuentras? ¿Sabes? Tora Windrow ha llamado al gobernador. Van a pedir un aplazamiento.

—Tom... siempre me saca de los apuros.

—¡John! ¿Le reconoces?

—Sí, Shillah. Todavía estoy algo confuso, pero...

—Descansa, John.

—Dios mío... Éste es mi castigo.

—¿Por qué dices esto, John?

—Por algo que hice y que no debía hacer... Yo... jugué sólo con la ley, pero no he matado a nadie. Ahora estoy seguro.

—¿Eres John Frasser?

—Sí, Shillah. Ahora sé quién soy. Ahora sé quién soy.

EPÍLOGO

Naturalmente la pena se suspendió.

Ahora John trataba de reponerse en espera de la encuesta que iba a celebrarse donde se discutiría lo ocurrido tras el asesinato de Lorraine.

Desde luego se comprobó la existencia de una hermana gemela de su esposa y tanto Windrow como el fiscal temen una confesión completa de la «verdad» de aquel crimen, con los motivos que le indujeron a preparar toda aquella comedia.

John estaba en la casa, tendido en una hamaca cerca de la piscina y Shillah a su lado.

—Trataste de encubrir a tu esposa de un homicidio involuntario. Ella ya ha pagado con la vida. ¿Qué más pueden pedirte? ¿Acaso de una forma extralegal no has tenido ya tu castigo?

John no contestó. Miraba a la muchacha. Luego, tras el silencio, contestaría:

—Eres adorable, Shillah... Sin ti, a estas horas, habría muerto. Te quiero.

—John...

—Sí, Shillah. Yo quería a Lorraine, de veras..., pero me parece tan lejano todo.

—¡Oh, amor mío!

Se abrazaron.

Luego, al soltarse, él murmuró:

—Dame un periódico.

—No leas nada.

—Quiero saber qué hay de lo de Utah... La bala que encontraron en el cuerpo de Jud Carrigan. ¿Dice algo?

—Sí... Tú tenías razón... Dan como posible que al ocurrir el accidente con los golpes a Carrigan se le disparase el revólver... Pudo doblársele la muñeca y la bala le alcanzó a él. ¿No fue esto lo

que tú dijiste?

—Lo admití como posible.

—Pues eso es todo.

Y ella le acarició y John la atrajo para sentarla sobre sus rodillas y besarla otra vez.

Al margen del futuro, John comenzaba a recobrar la felicidad.

Sabía que ella no iba a dejarle nunca. ¡Nunca!

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

